

# EL GENIO ESPIRITUAL

William Grigsby Vergara





Doctor en Educación  
Alfredo Barrera Baca  
*Rector*

Maestro en Estudios Urbanos y Regionales  
Marco Antonio Luna Pichardo  
*Secretario de Docencia*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Secretario de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Humanidades  
Juvenal Vargas Muñoz  
*Secretario de Rectoría*

Doctor en Artes  
José Edgar Miranda Ortiz  
*Secretario de Difusión Cultural*

Doctora en Educación  
Sandra Chávez Marín  
*Secretaria de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación  
Octavio Crisóforo Bernal Ramos  
*Secretario de Finanzas*

Maestro en Diseño  
Juan Miguel Reyes Viurquez  
*Secretario de Administración*

Doctor en Ciencias Computacionales  
José Raymundo Marcial Romero  
*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

Maestra en Lingüística Aplicada  
María del Pilar Ampudia García  
*Secretaria de Cooperación Internacional*

Doctora en Diseño  
Monica Marina Mondragón Ixtlahuac  
*Secretaria de Cultura Física y Deporte*

Doctor en Ciencias Sociales  
Luis Raúl Ortiz Ramírez  
*Abogado General*

Maestro en Economía  
Javier González Martínez  
*Secretario Técnico de la Rectoría*

Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural  
Gastón Pedraza Muñoz  
*Director General de Comunicación Universitaria*

Maestra en Administración Pública  
Guadalupe Ofelia Santamaría González  
*Directora General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales*

Maestro en Derecho Fiscal  
Jorge Rogelio Zenteno Domínguez  
*Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria*

# El genio espiritual

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Educación

Alfredo Barrera Baca

*Rector*

Doctor en Artes

José Edgar Miranda Ortiz

*Secretario de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

Jorge E. Robles Alvarez

*Director de Publicaciones Universitarias*

Mención honorífica

17° Premio Internacional de Narrativa

"Ignacio Manuel Altamirano" 2020

Jurado

Emilio Gerardo de la Torre Morales, México

José Luis Mauricio Carrera Guerrero, México

Rodolfo Daniel Santullo Barrio, Uruguay

William Grigsby Vergara

# EL GENIO ESPIRITUAL



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*“2020, Año del 25 Aniversario de los Estudios de Doctorado en la UAEM”*

---

PQ  
7519.2  
.G75  
G46  
2020

Grigsby Vergara, William, 1985-  
El genio espiritual / William Grigsby Vergara -- [1ª ed -- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2020.]  
[142 p.]

ISBN: 978-607-633-215-3

---

Primera edición, septiembre 2020

*El genio espiritual*

William Grigsby Vergara

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 3835 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-215-3

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María José Gallardo Rubio

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



*L'adolescence est le seul fois où j'ai appris quelque chose.*

À la recherche du temps perdu,

MARCEL PROUST



## PRESENTACIÓN

El jurado del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” decidió otorgar, en su décimo séptima edición, una mención honorífica a la novela *El genio espiritual*, del narrador nicaragüense William Grigsby Vergara.

Esta obra podría inscribirse en la tradición de la *Bildungsroman*, pues trata de la formación intelectual y espiritual de un adolescente nicaragüense, pero, sobre todo, de la manera en que ocurre ese proceso en una mente y un cuerpo homosexuales, con sus temores, dudas, ansiedades e impaciencias; y todo ello en el contexto de un país centroamericano que, a pesar de su ubicación geográfica central, está ubicado económica y culturalmente en la periferia, por lo que nos es doblemente cercano.

La Universidad Autónoma del Estado de México se congratula de que, gracias al Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, la comunidad uaemita tenga un acceso privilegiado al diálogo polifónico entre escritores y lectores de toda nuestra América, tanto en soporte impreso como electrónico, privilegio que fortalece la

vocación universal de nuestra alma máter, siempre orientada a formar ciudadanos universales y profesionistas competentes.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Educación  
ALFREDO BARRERA BACA  
*Rector*

## I

**DURANTE MI ADOLESCENCIA** tuve un grave accidente que casi me cuesta la vida: no tuve sexo con nadie. Así es, lo repito con otras palabras: llegué virgen hasta el quinto año de la secundaria y no probé las dulcificaciones del sexo hasta mi entrada a la universidad.

Y digo que casi me cuesta la vida porque no tener sexo durante la adolescencia es una especie de castración social. Pensé en suicidarme y por error no lo hice. El sexo es la manifestación hormonal de un llamado interior. Y ese llamado es tan sagrado como el que siente un sacerdote por su vocación espiritual. Sin sexo, en la adolescencia, la vida duele mucho más.

Pero mi caso es doblemente trágico si tomamos en cuenta que soy homosexual. No quiero usar la palabra “gay” porque me parece insuficiente, manoseada, ambigua y de moda. Y yo estoy cualquier cosa menos a la moda. No me gustan los modistos lamehuevos bien portados que usan corbatines rosas y por dentro llevan tangas azules. No me gusta el mariposario que se reúne en los antros para consumir cocaína hasta quedar más imbéciles luego de vomitar alcohol mezclado con nicotina y cannabis.

No me gusta el ruidaje de las locas melosas que marchan por el orgullo gay año con año para pelar el culo frente a las cámaras de televisión y los *smartphones* de última generación. No me gusta la sarta de divas que caminan resquebrajadas exhibiendo su homosexualidad como si fuera un trofeo. Me enferman las locas que gritan al hablar y los afeminados que manifiestan a los cuatro vientos su amor por Juan Gabriel, Lady Gaga o David Bowie.

Considero que la homosexualidad es una condición que se vive en la intimidad, lo mismo que la heterosexualidad. Mis ídolos siempre han sido ilustres heterosexuales: Kurt Cobain, John Lennon, Gustavo Cerati y Leonardo DiCaprio.

Amo al DiCaprio del 97, su mirada de infante terrible, sus ojos azules y sus cejas arqueadas, sus labios rosados, su mentón en picada, su pelo rubio natural y el mechón dorado que le cuelga en *Titanic* mientras dibuja las tetas de Rose con un virtuosismo asombroso. Lo amo congelado en sus veintenas, intocable como un objeto de museo.

No me gusta, en cambio, el típico artista maduro embutido en sus cuarenta abriles, con el rostro millonario de la consagración y los excesos; el DiCaprio ganador del Óscar a quien se le infló la cabeza luego de que se le achinaran los ojos y se le ampliara la frente; ese rubio de ojos gatos que aparece en las cintas de Tarantino con el cabello quemado; esa estrella refrita con voz aflautada a quien se le ensanchó la quijada y ahora presume una barba tupida que desentona con su carita de niño travieso comprometido con la lucha a favor del medioambiente.

Cobain es distinto. La ventaja de Cobain es que no me lo puedo imaginar cuarentón ni cincuentón ni más viejo porque murió en su esplendor apocalíptico. Murió en los sagrados 27. Cuánta belleza en ese rostro inmortal castigado por la

bipolaridad y la heroína. Cobain fue un ángel que Dios se llevó para que los años no corrompieran su adorable aspecto inadapto. Amo su voz desgarradora, sus alaridos melódicos y su mirada intensa, su pelo rubio desgreñado y su violencia creativa mientras revienta el Teatro Paramount, de Seattle, en aquel concierto inolvidable de 1991 que se puede ver en YouTube.

Amo su actitud rebelde de chico inconforme con las divas insoportables como Freddy Mercury y Axl Rose. Amo su cuerpo delgado envuelto en rotos *jeans*, suéteres peludos y zapatos converse. Su electricidad psicoanalítica. Su tierna melancolía azul rasgando despreocupadamente la guitarra acústica en el *unplugged* de Nirvana mientras el público neoyorquino aplaude su genial versión de “The Man Who Sold The World”.

Amo la seriedad atormentada de ese hombre que se voló la tapa de los sesos cuando estaba en “el mejor momento de su vida”, cuando era una superestrella y odiaba ser una superestrella frente a las cámaras de MTV que retransmitían sus excesos y hacían torres de dinero con su propia autodestrucción. Lo amo, sencillamente lo amo porque era auténtico y se enamoró de la mujer equivocada y pronto tuvo una niña con esa misma mujer, a pesar de que se drogaba con él para luego exprimir hasta el último centavo de su fortuna.

Cobain fue un modelo a seguir pese a su infantilismo piscis, pese a su estúpida carta suicida que le sirvió de membrete oficial para unirse al maldito club de los 27, donde luego se metió Amy Winehouse, otra víctima del rock prematuramente apagada por su propio genio.

Kurt marcó mi adolescencia y por eso lo quiero tanto como a Lennon, pero a Lennon me lo imagino como el padre que nunca tuve. Una especie de respeto sublime me impide

transgredir a Lennon y jugar con su legado. Lo miro desnudo junto a Yoko Ono en la tapa de la revista *Rolling Stone* de 1980, pero no me imagino chupándole las pelotas ni jalándole la polla hasta hacerlo estallar. No. El aura de Lennon es más pura y más lejana, por eso me decanto por el músico solista y revolucionario de “Beautiful Boy” y “Give Peace a Chance”.

Prefiero al Lennon pletórico de gafas redondas y pelo corto que se pasea con su hijo Sean durante un pícnic grabado con una cámara de video casera. Reservo en mi corazón al Lennon de “Imagine”, al Lennon adulto y sensible de 30 años que desarrolla una conciencia pacifista durante su campaña contra la guerra en Vietnam junto a Yoko Ono en los años setenta.

Me pregunto por qué uno de los hombres más bellos e inteligentes del mundo, el más rebelde, el más artista, el más profundo de los Beatles tuvo que morir asesinado a los 40 años por un enfermo mental, cuyo ídolo fue Holden Caulfield en el único país del mundo donde ser criminal es algo heroico.

Sí. Como un padre que le pega a su mujer porque tuvo una infancia sin madre, así miro a Lennon y así lo siento cuando escucho su música e intento explicarme su temprana desaparición forzada.

## II

¿QUÉ PUEDO DECIR DE GUSTAVO CERATI, esa ricura sudamericana que cogía con la primera grupi que saltaba al escenario para abrazarlo? Solo pensar en él me endurece la entrepierna, me calienta intensamente, me inquieta.

Cerati fue un soberbio macho alfa, como también lo fue Gardel para los argentinos, uno de esos raros superhombres latinoamericanos que nacen una vez cada 50 años. Cerati tenía una voz solar y una personalidad leonina proyectada con fulgor sensual en el concierto final de Soda, donde interpretó su “canción animal” como un verdadero semental porteño, frente a 60 mil personas aglutinadas en el Monumental Estadio de River Plate. Imagino que estar con él era someterse a sus imperios incluso en la cama. Yo tenía apenas 12 años cuando vi ese concierto por televisión y descubrí en él una figura sexual que protagonizaría mis futuras pajas.

Cerati no podía pasar desapercibido por nadie en ningún sitio, ni siquiera en el colegio. Esos colochos eléctricos que derramaron tanta luz en los escenarios de América Latina, ¿cómo no amarlos? Su música era sexo oral, seducción extrasensorial, erotismo maquillado con poesía acústica y

alma libidinosa entregada al pentagrama eléctrico. Qué voz, cuánto virtuosismo, qué energía, qué ojazos, qué labios, qué sensualidad en sus hermosos gestos faciales, en esas miradas rasantes que atravesaban los nervios de sus fans sin importar el sexo y la edad. Recuerdo sus magníficos solos de guitarra, brutales y frescos. El tipo cogía con su público, literalmente lo violaba a través de su confort y música para volar.

En fin, para mí lo más bello de un hombre fue siempre su espíritu ignaciano, algo que no todos tienen, algo que descubrí tener yo mismo cuando se reveló mi homosexualidad mística. Y Cerati les ponía la banda sonora a mis años colegiales con su voz huracanada.

Tenía solo 9 años cuando empezaron las primeras caricias con mi primo Ricardo, quien me masturbaba sin hacerme venir porque mis huevitos todavía no tenían leche suficiente. No puedo decir que la relación clandestina con él fue mi primer amor, pero sí mi primer contacto con ese mágico mundo de la sexualidad que empieza cuando jugamos a las escondidillas.

Mi primer amor fue platónico, como suelen ser los grandes amores frustrados de la adolescencia. A los 15 años me enamoré de un jesuita que nos daba clases de filosofía en quinto año del Colegio Centroamérica. Era un hombre introvertido, brillante, profundo: se llamaba Santiago Carvajal. Su altura, su complexión recia, su espalda ancha, su calvicie temprana y su bozo tupido conquistaron mi virilidad recién nacida.

Santiago Carvajal era un andaluz idealista nacido en Sevilla, fanático de Paco de Lucía, el mítico guitarrista español de flamenco que nos ponía durante los ejercicios espirituales para “entrar en comunión con el Señor”. Santiago decía que la música instrumental de Paco estaba tocada por la gracia:

escucharla con atención era una manera ideal de entrar en comunicación con lo sobrenatural y acercarnos a la Creación.

Santiago tenía apenas un año de haberse ordenado sacerdote en Colombia y fue enviado a Managua por la Compañía de Jesús con la misión de fortalecer el modelo educativo en aquel hermoso colegio donde descollaba como el maestro más atractivo de la clase. Las chavalas de mi edad también estaban locas por él, pero ninguna llegó a amarlo con la potencia y la singularidad con la cual yo lo amé. Mi idilio era una fantasía herética.

La idea de que fuera un sacerdote jesuita me provocaba mayor excitación. Lo cierto es que mi profesor era uno de esos raros curas íntegros que irradiaban un amor hacia los pobres que me conmovía hasta los huesos. Su sensibilidad era auténtica, su mensaje era inspirador y estaba atravesado por intensas lecturas filosóficas, entre las cuales destacaban autores como Simone Weil, Albert Camus y Søren Kierkegaard.

Había coherencia entre la belleza física de Santiago y su carisma espiritual. Había un equilibrio místico entre lo que pensaba y lo que hacía, algo que nunca vi en otro personaje de aquel colegio retirado del centro de Managua.



### III

EN MIS AÑOS COLEGIALES yo miraba mucha porno y me masturbaba con la figura de Gokú en su cuarta transformación. Miraba cualquier tipo de porno, para hombres y mujeres, en ese entonces no discriminaba nada y me sentía atraído por todo lo que se moviera y tuviera genitales.

Confieso que he visto en la mirada de las actrices porno más pasión por la vida, más dignidad, más lucha y más felicidad que en cualquiera de las chavalas bien portadas, hijas buenas, incluso feministas de mi generación.

Siempre me llevé mejor con las mujeres que con los hombres.

Mi mejor amiga de la adolescencia fue Michelle Bloom, la chica más lista que conocí en la vida, una lesbiana precoz y talentosa, llena de sabiduría, traumas infantiles y humor negro. Sencilla, tímida, creativa, así era Michelle, un poema que respiraba a la par mía.

Lectora de Camille Paglia, criticaba el feminismo de libre mercado, el feminismo patológico de la tercera ola feminista que nada tenía que ver con la primera y la segunda.

Michelle recomendaba leer con ojos críticos *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir —lo leyó en francés con apenas 14 años la primera vez— y contrastarlo con el feminismo exhibicionista del siglo XXI, el cual, según Michelle, estaba contaminado por la hipocresía de las niñas con buena educación que leían a Susan Sontag en el último año del colegio para luego confundirlo con los torpes juegos de seducción de los chicos, que, según ellas, eran violadores en potencia por el simple hecho de tener falos que apuntaban hacia ellas.

Para Michelle el tema del lenguaje inclusivo era una moda, y como toda moda, tendría que pasar algún día. Michelle sostenía que encajar una “e” dentro de los pronombres personales o los artículos definidos e indefinidos de la gramática española era una arbitrariedad. Además, el “todes” le sonaba terriblemente cacofónico: todas, todos y todes sonaba como si uno estuviera tosiendo.

Michelle era tremenda. Una vez llegó a pelearse con la mitad de la clase porque explicó la diferencia entre el lenguaje, la lengua y el habla, y dijo que las feministas hegemónicas buscaban desvirtuar las tres cosas a raíz de una patología no resuelta en sus infancias. El feminismo, para Michelle, no era pelarse las tetas en las narices de la BBC, Reuters o RT. Por el contrario, el verdadero feminismo era una postura filosófica con aplicaciones prácticas en una sociedad que, según Michelle, debería promover con más vehemencia la igualdad de género en el territorio laboral.

La crisis de los feminicidios, sobre todo en países subdesarrollados como Nicaragua, era lo primero que tenía que resolver el feminismo del siglo XXI.

Para Michelle, el problema del lenguaje inclusivo se resolvía en el territorio del habla. Michelle explicaba que nuestra lengua, el español, era tan vieja como la caída

del Imperio romano, y que su naturaleza binaria le daba versatilidad. Las feministas del colegio le recriminaban a Michelle que “lo que no se nombra no existe”, pero Michelle les preguntaba qué cosa en el mundo no tenía nombre o no podía ser nombrada por el lenguaje que ya usamos. Se quedaban calladas.

En realidad, para Michelle, mientras existieran los neologismos todo podía ser nombrado o renombrado en el castellano. El lenguaje inclusivo era excluyente porque señalaba la diferencia. En consecuencia, para Michelle este lenguaje no aportaba nada a las causas de la comunidad LGBT+.

Por su precoz lucidez, Michelle era amada y odiada por partes iguales en el Colegio Centroamérica.

Por otro lado, en el territorio del habla –que es el territorio del hablante– se podía resolver fácilmente el tema de la inclusión, según Michelle. Si Juan se siente Juana pues que lo diga y todos le diremos Juana. Lo mismo para Guillermina; entonces le diremos Memo. Cada quien puede hacer lo que quiera con el habla, decía Michelle, pero la lengua no tiene por qué ser violentada por un grupo de locas furiosas que no quieren resolver el problema real de la discriminación histórica hacia la mujer y los homosexuales, un problema que está en la educación, en las bases de una sociedad desigual, hipócrita y machista como la nicaragüense.

Las hembras resentidas de la escuela pretendían, con el grado de legitimación que les daba su discurso “políticamente correcto”, ejercer un poder absoluto y descalificar a Michelle, llamándola “reaccionaria, negra y soberbia”, por sus raíces africanas, pues los padres de Michelle eran de la Costa Atlántica nicaragüense, exactamente de Bluefields, aunque vivían con ella en Managua desde que nació.

Lo cierto es que todo era al revés. El feminismo criollo-poscolonial-mestizo de las niñas ricas de Nicaragua era lo que se quería imponer en nuestro colegio, algo que para nuestra suerte nunca permitieron los jesuitas, quienes estaban paradójicamente obligados a enfrentarse a una nueva disputa de género, donde la psicóloga que impartía clases de Educación sexual decidía quién tenía la razón.

Al final, todo era demasiado hormonal, el mensaje de los jesuitas era neutro y la riña entre feministas y antifeministas no resolvía el problema de las mujeres asesinadas en el campo de Nicaragua, donde verdaderamente estaba la raíz de la violencia de género.

## IV

HACIA EL FINAL DE LA SECUNDARIA yo era un pornógrafo, como venía diciendo, pero Internet todavía no estallaba en mi cuarto con sus fabulosos sitios web destinados al mundo de los orgasmos desmesurados.

Era el año 2001 y yo estaba a las puertas de mi bachillerato. Eran los comienzos del nuevo milenio y de repente nos convertimos en testigos pasivos del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, que le dio la vuelta al globo terráqueo. La escena de los rascacielos desmoronándose como castillos de arena era tan sublime como dantesca. Parecía una invención más de Hollywood. Aquello era cine de masas a través de CNN, pero con la peculiaridad de ser una tragedia en tiempo real, que siempre vimos desde lejos como todo lo que pasa alrededor del mundo cuando uno vive en la periferia de América.

En ese entonces me daba alergia todo lo que tuviera que ver con política, así que le di la espalda a los ataques terroristas del 11 de septiembre y me entregué a la literatura mientras dejaba que mi florecimiento sexual viera su primavera en los primeros versos que le dediqué a Santiago, los cuales guardaba con celo absoluto.

Michelle se quedaba a dormir en mi casa los fines de semana y estudiábamos juntos en el barrio San Antonio, aunque lo cierto es que la chica era tan lista que resolvía las tareas como quien estornuda. No le costaba nada solucionar problemas trigonométricos, era igual de buena en física y en química, por lo tanto, ella decidía cuándo terminaba la sesión de estudio los fines de semana. Mi fuerte eran las letras, siempre lo fueron, así que Michelle me dejaba trabajar en cuestiones relativas a la gramática, la redacción, el análisis sintáctico, etc.

Al final, nos tirábamos en los colchones de mi habitación mientras buscábamos canales de televisión por cable con pornografía para adultos. Pese a las limitaciones tecnológicas de aquel entonces, logramos encontrar algunos canales donde lo más común era ver escenas protagonizadas por actrices con las tetas operadas y actores con vergas de caballo; lo cual no estaba nada mal para empezar. También encontramos canales con cintas porno-japonesas que nos mantenían en vilo.

Siempre me fascinaron esas erecciones automáticas entre hombres que hacían el amor con mujeres que se querían tragar el mundo cuando abrían las piernas frente a una cámara de video. Bueno, en realidad no hacían el amor, solo cogían, pero lo disfrutaban de una manera interesante. Había en aquellos ojos desorbitados pasión y frialdad al mismo tiempo, todo era un montaje, pero tenía más autenticidad que cualquier relación amorosa del colegio donde me bachilleré.

El elenco de ese gran teatro erótico para adultos se convertía en un eco de las cavernas que se transmitía en las horas secretas de la noche. Y Michelle y yo nos quedábamos dormidos luego de masturbarnos hasta el hartazgo.

La pornografía heterosexual, pese a su encanto fetichista y a su fascinante naturalidad, nunca me llamó tanto la

atención como la pornografía LGBT+ que vendría con la explosión de las redes sociales, donde las orgías maratónicas serían protagonizadas por infinitas cogederas polisexuales, zoofílicas, androfílicas, ginecofílicas, hermafroditas, polifacéticas, interraciales y transexuales, cuyas estrellas radiantes serían las yeguas cuir.

Nunca pensé que años más tarde la tecnología me regalaría semejantes experiencias homoeróticas con un simple pantallazo en mi teléfono móvil: homosexualismo, lesbianismo, bisexualismo, pansexualismo, intersexualismo, hermafroditismo, demisexualismo, androsexualismo, megasexualismo, hipersexualismo, extrasexualismo, archisexualismo-exogénero-transgénero-cisgénero, en fin.

Todo el abanico de colores de la bandera de Gilbert Baker se multiplicaría en un nuevo círculo cromático, donde los cibernautas tendríamos acceso a una industria pornográfica que ya no tendría límites.

De alguna manera, a pesar de los prejuicios morales que han rodeado el consumo de pornografía desde tiempos inmemoriales, los nuevos soportes de difusión masiva eran una forma de libertad creativa que no tuvieron nuestros padres ni nuestros abuelos. Con la llegada del Internet y las redes sociales nos tendríamos que enfrentar al sexo de manera más abierta.

En una sociedad religiosa y conservadora –pero nunca espiritual y honesta– donde se reprime la sexualidad desde la infancia y los adultos no saben hablar de sexo con sus hijos, el consumo de cualquier orgía a partir de un dígito en el teléfono móvil representaría una forma de revolución sofisticada y peligrosa, pero también necesaria.



## V

NUNCA ME FIJÉ MUCHO en los deportistas famosos, por el contrario, los escritores me fascinaron toda la vida. Gente como Proust y Rimbaud, García Lorca y Truman Capote, Wilde y Whitman, demiurgos introvertidos que vertieron sus complejos adolescentes en las páginas de la literatura universal. Cuánta cultura, carisma y elegancia hubo siempre en semejantes próceres de la homosexualidad.

Yo siempre fui un niño “raro”, ya que me paseaba por el colegio con libros de Proust y Wilde. Me sentía magnéticamente atraído por ambos autores y mi precocidad intelectual era evidente en los pasillos de la secundaria.

También era lector compulsivo de las tragedias de Shakespeare y encontré en su genialidad renacentista aires reprimidos de encendida homosexualidad que sobresalían sobre todo en la caracterización psicológica de sus cómicos, los cuales develaban un poderoso mundo sexual que no distinguía entre amantes varones o mujeres. Los monólogos que incluyó Shakespeare en sus protagonistas siempre me parecieron dilemas adolescentes de posibles homosexuales ocultos en sus clósets, como es el caso de Hamlet. El príncipe

de Dinamarca despreciaba los afectos de Ofelia según la amargura que le provocó la revelación del fantasma de su padre, cuya alma fue condenada a vagar en pena. Pero el soliloquio en pentámetros yámbicos de Hamlet no puede estar completo si no se le agrega una palabra esencial: ser o no ser... homosexual, esa es la cuestión.

Nunca he creído que la homosexualidad sea algo que se aprehende en el camino. Siempre he pensado que uno nace homosexual. A mí no me hicieron lo que soy, yo nací con esa orientación, pero no la ostento como una bandera de identidad. Es más, siempre fui un gran antisocial justamente por eso. Huraño, intenso, pero también prudente y reservado. Y aunque al inicio reprimía mi condición por la rigidez del colegio donde me formé, mi madre siempre supo que tenía un puto como hijo.

La ausencia de una figura paterna que sirviera de modelo protector no fue tan catastrófica en mi vida, porque además de una madre ejemplar tuve una abuela encantadora. Gracias a mi madre encontré un lugar en el mundo para que mi alma reposara frente al machismo cultural nicaragüense que linchaba públicamente a los homosexuales destapados.

Fui guapísimo desde niño: moreno, ojos castaños, pelo liso, frente amplia, cejas tupidas, labios definidos, en fin, todo un principito tropical. Mi infancia fue dulce como los jocotes, y la verdadera tormenta se dio durante mi adolescencia, cuando tuve aquellos contactos con mi primo Ricardo y luego desarrollé una obsesión con la figura de Santiago. Mi temor era que Ricardo les dijera a mis compañeros de clase que me gustaban las pollas. Mi primo estudiaba en el mismo colegio y estaba conmigo en el último año de la secundaria.

Pese a que yo era un niño homo con una inteligencia destacada, no sabía manejar mis emociones y empecé a tener

crisis de pánico cuando cumplí los 15 años. Ricardo empezó a amenazarme con decirle a todo el colegio que yo era el mariquita de la promoción 2001. ¿Por qué Ricardo deseaba delatarme? Él era tan homosexual como yo, pero mil veces más reprimido. Ricardo envidiaba mi precoz madurez y mi temprano encuentro con la literatura que representaba una manera digna de evadir la realidad.

Lo cierto es que mi primo era más bien un canalla. Un pequeño canalla hijo mimado que ostentaba su vida lujosa en las fiestas de cumpleaños de su apática generación de pubescentes comemierdas; esa generación que también era la mía, esa generación de la posguerra sandinista que vivía recostada en la clase-media-alta del segundo país más pobre del continente americano.

Yo no era el único puto de la escuela, por supuesto, pero siempre tuve miedo a ser expuesto por “Ricky”, así le decían mis tíos a su joya biológica. Los machitos del instituto (a menudo deportistas) dejaban huellas dolorosas en aquellos que llegaban a ser descubiertos jalando vergas dentro de los baños. Por lo tanto, era necesario tener mucho cuidado y caminar de puntillas por los pasillos ignacianos de la famosa casa de los jesuitas.



## VI

AUNQUE SIEMPRE FUI RESERVADO y tranquilo, como venía diciendo, en un momento de mi adolescencia llegué a pensar que estaba poseído por el demonio cuando encontré en el retrato de Jesús a un hombre que me excitaba.

Me enamoré de Cristo, o de la figura de Cristo, como sea. Ese joven de barba sucia, pelo largo, delgado y afligido que se sostiene clavado en una cruz mientras llora sangre bajo una corona de espinas ensartada en la cabeza, era una poderosa figura sexual para mí.

Me excitaba su martirio desnudo, su expresión más allá de la angustia. Quería socorrerlo, pero se supone que él estaba allí, en ese madero, para salvar a los pecadores como yo. A los putitos de Sodoma y Gomorra como yo. Su imagen, la imagen comercial del Cristo occidental me causaba aflicción, pero al mismo tiempo morbo y sensualidad. Empecé a masturbarme frente al enorme crucifijo que tenía mamá en su cuarto.

Ricky era el único que sabía mi orientación sexual, aparte de Michelle y mamá, quien, a pesar de estar consciente de ello, no hablaba conmigo de sexo porque era demasiado conservadora. Sé muy bien que en el fondo le pesaba tener

un hijo así, pero mamá era tan benevolente que nunca me lo recriminó en la cara.

Mis crisis de ansiedad se mezclaron con los sentimientos de culpa que sentía frente a la imagen del Cristo redentor. Desmejoré mis calificaciones en el colegio, me volví un manojo de nervios, lloraba sin motivo y lloraba seguido.

Solo me comunicaba con Michelle. Pasaba leyendo como un condenado sin aliento, pero un día crucé la delgada línea que separa la lucidez de la cordura y mamá me encontró cortándome las muñecas con alfileres en su propia habitación mientras yo escuchaba a Sigur Rós a todo volumen. Fue algo espeluznante, no se lo recomiendo a nadie. Cortarse las venas es lo más doloroso del mundo y no garantiza una muerte segura. Es más, resulta agónico y poco glamoroso.

Lo que siguió después de aquel episodio maniaco fueron largas terapias con el psiquiatra que empezó a medicarme con sus “pastillas de la alegría”. Los fármacos me ayudaban a dormir, pero al mismo tiempo me irritaban, provocaban náuseas y dolores de cabeza durante el día.

Mi humor empezó a sufrir fluctuaciones extremas y desarrollé bipolaridad como quien pasa del frío al calor en un solo día. De repente, mi temperamento abúlico era más impredecible que las consecuencias del cambio climático en los paisajes nevados de Canadá.

La rivotril me inducía embotamiento, empecé a tener lagunas mentales, me costaba concentrarme en el colegio y pronto me convertí en un ser dopado, en una especie de zombi que se quedaba dormido en clases.

Sentí la necesidad de hablar con alguien dentro del colegio, alguien que no fuera mi psiquiatra y que tuviera alguna relación con el mundo espiritual. Pensé en Santiago Carvajal, el amor de mi vida. Pensé que él podría ayudarme

ya que era el consejero de los estudiantes de quinto año del colegio y derramaba empatía por donde pasaba. Decidí confesarle mis crisis sin prever que luego asumiría otra cruz, esta vez más pesada: la cruz de enamorarme perdidamente de ese hombre noble que de repente me había tomado cariño y me miraba como el hermano menor que nunca tuvo.



## VII

LA PRIMERA VEZ QUE HABLÉ con Santiago yo estaba sentado en su oficina luego de pedir una cita para confesarle mis problemas de ansiedad. Su despacho era como una pequeña capilla rodeada de muebles de madera y artesanías indígenas de varias partes de Centroamérica.

Santiago era un espíritu en perfecto equilibrio con su entorno. De repente me encontré frente a sus fabulosos ojos azules, cabizbajo, intentando no mirarlo directo a la cara para no sufrir el doble. Luego de recibirme con su particular amabilidad, empezó a interrogarme.

—Arturo, ¿cómo te sientes?

—Padre Santiago, he perdido el interés en las clases.

—Así he notado. Has bajado tu rendimiento.

—Lo sé.

—¿A qué se debe?

—No sé, es difícil de explicar.

—Estoy para ayudarte, Arturo, puedes confiar en mí.

—Estoy viendo a un psiquiatra. Sufro crisis de pánico, soy bipolar.

—¿Estás tomando fármacos?

—Así es.

—¿Te ayudan?

—Me han quitado el insomnio, pero amanezco hinchado, sin ganas de salir de casa.

—Dime una cosa, Arturo. ¿Crees en Dios?

—Por supuesto, ¿por qué lo pregunta?

—No estás obligado a responder afirmativamente.

—No me siento obligado. Creo en Dios. Y mucho.

—Y dime, ¿cómo alimentas tu fe?

—Leyendo.

—Vamos a ver, Arturo. ¿Cuál es tu autor favorito?

—No tengo un autor favorito. Me debato entre Marcel Proust y Oscar Wilde, pero también me gusta Wittgenstein, Kafka, Capote y Rimbaud.

—Son lecturas pesadas para un chico de 15 años.

—Mi vida también es pesada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, Arturo?

—La verdad es que solo cuando leo me siento relativamente bien, pero cada vez me resulta más difícil concentrarme en mis lecturas. Una vez que cierro un libro empieza el martirio.

—Explícame, por favor, ese martirio.

—Proust es mi reflejo.

—Proust murió joven. ¿De dónde viene ese reflejo?

—Siento que es un autor psicológico, con una visión del mundo muy emocional, pero al mismo tiempo intelectual y decadente. Imagino a Proust como ese chico metido en un mundo intenso y tormentoso, un aspirante a filósofo que no sabe lo que quiere y vive escribiendo para evadir el dolor provocado por la ortodoxia de una familia burguesa, anticuada y predecible que lo ha condenado al encierro bajo criterios axiológicos.

—¿Te consideras un atormentado?

—No tengo paz.

—Dime por qué has decidido hablar conmigo en privado.

—Intenté suicidarme.

—¿Cómo?

—Suicidarme...

—¿Recientemente?

—Así es, padre Santiago.

—¿Qué te motivó?

—No tengo razones para vivir.

—Apenas tienes 15 años, Arturo, a tu edad la única razón para vivir es no preguntarse cuál es la razón para vivir.

—La vida es mucho más compleja que eso.

—Un joven poeta de mi generación dijo hace muchos años que nadie se toma la vida en serio a los 15 años.

—Yo me la tomo muy en serio.

—Bueno, puedo comprenderlo viniendo de la profundidad de tu ser.

—¿A qué se refiere?

—Estás viviendo cambios muy bruscos de un día para otro.

—Es cierto, pero usted qué sabe de la profundidad de mi ser.

—No quiero abusar de tu confianza, Arturo.

—Pero dígame.

—Solo trato de entender tu angustia.

—Está bien, padre, a veces vivo a la defensiva.

—No te preocupes, a tu edad uno tiene las hormonas a flor de piel.

—Debajo de mi piel hay un infierno que empieza en mi pecho y termina en mi cabeza.

—Háblame un poco de ese infierno. Sé que algo te atormenta.

—Simplemente me aburre estar, sentir, respirar.

- Sin embargo, todo eso es vivir.
- Morir viviendo, padre, una lenta agonía.
- Dime una cosa, Arturo. ¿Hablar conmigo es lo mismo que hablar con el psiquiatra?
- ¿Por qué la pregunta?
- Bueno, yo también quiero sentirme en confianza contigo.
- Está bien.
- Cuéntame, ¿cuál es la diferencia?
- Usted es un guía espiritual, en cambio el psiquiatra hace su trabajo, le pago para que me escuche.
- Muy bien. Ahora háblame de tu novia. ¿Tienes novia?
- Me incomoda un poco la pregunta, para serle honesto.
- Un chico tan listo como tú debería tener novia, ¿no crees?
- No soy tan listo como usted cree.
- Eres el más listo de tu clase. ¿No te gusta Michelle?
- Padre Santiago, Michelle es mi mejor amiga.
- Parecen el uno para el otro.
- No creo en eso de los unos para los otros.
- ¿Qué quieres decir?
- No creo en el enamoramiento. Lo que une a las parejas es otro interés.
- ¿Qué tipo de interés?
- El sexo.
- Bueno, somos seres biológicos, psicológicos y sociales.
- Y sexuales.
- Somos complejos, Arturo. Está el deseo sexual entre las parejas, pero también está el amor filial y el amor ágape. El amor es la razón por la cual estás aquí, sospecho yo.
- ¿El amor a quién, padre Santiago?
- El amor a Dios, a ti mismo. ¿No amas a tus padres?

—Solo vivo con mi madre. Y sí, la amo, pero es un amor diferente. Es un amor vertical como el amor hacia Dios. Mi madre y Dios son seres superiores a mí, son una clase de autoridad.

—Explícame, Arturo. ¿Qué clase de autoridad?

—Mi madre me trajo al mundo y Dios me vigila todo el tiempo.

—¿Te vigila?

—Así es.

—Dios no es un guardia.

—Pero me vigila.

—Y si te vigila es para cuidarte, no para reprenderte.

—No estoy muy seguro de eso.

—Vamos a ver, ¿por qué no?

—Porque me siento amenazado todo el tiempo.

—¿Amenazado?

—Dígame una cosa, padre Santiago, ¿por qué los cristianos adoramos a un hombre que está desnudo en una cruz, atravesado por clavos, llorando sangre y abandonado por todos sus discípulos?

—Lo cuestionas todo. Eso refleja un pensamiento crítico.

—Respóndame, por favor, padre Santiago.

—Cuando Jesús estaba en la cruz, soportando el doloroso destino de ser sacrificado para purificar nuestros pecados, se dirigió a Dios, su Padre, y le dijo: *Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen...*

—Lo sé, la pasión de Cristo.

—¿Entiendes el sentido de esas palabras, Arturo?

—No entiendo por qué todos tenemos que cargar una cruz. No entiendo por qué hay tanto sufrimiento en el mundo.

—Arturo, el dolor es vehículo de conciencia.

—¿Vehículo de conciencia?

—¿Alguna vez leíste algo sobre el budismo?

—¿Es otra religión?

—Arturo, el budismo es una vieja doctrina filosófica, una práctica oriental que surgió en la India en el siglo VI antes de Cristo. Los jesuitas practicamos los ejercicios ignacianos, pero tenemos la libertad de acudir a otros procesos de sanación espiritual como el budismo. Incluso la ciencia es un camino para llegar a Dios.

—¿La ciencia?

—Claro, la ciencia.

—¿Y por qué la Iglesia castigó a Galileo?

—La Iglesia ha cometido muchos errores a lo largo de la historia: las Cruzadas, la Inquisición, la colonización de los indios americanos, la represión a los homosexuales, los abusos infantiles, la persecución a los científicos, etcétera.

—¿Qué quiere decir, exactamente?

—La ciencia no está reñida con la religión pese a que la Iglesia se ha portado mal con ella. Permíteme darte ejemplos para explicarme mejor. Los descubrimientos científicos nos acercan más al Señor. Los avances en cosmología, en astronomía, en informática, en antropología, etc., también son obras de Dios.

—Sigo sin entenderlo.

—Fue un sacerdote belga el primero en proponer la teoría de la expansión del universo, hacia la primera mitad del siglo XX. Georges Lemaître le llamó “hipótesis del átomo primigenio” o “el huevo cósmico”, a lo que más tarde científicos como George Gamow, Roger Penrose y Stephen Hawking llamarían “Big Bang”, la teoría que explica el origen del cosmos. Y si nos vamos más atrás podríamos pensar en otro señor que seguramente te sonará familiar por tus clases de física.

—¿De quién habla?

—¿Sabías que Newton era profundamente católico?

—No sabía, padre Santiago. Pero siento que nos estamos desviando del tema.

—Arturo, trato de explicarte los caminos para llegar a Dios.

—Está bien.

—Cada nuevo descubrimiento era bautizado por Newton como “un secreto revelado por el Creador”. Las ecuaciones fundamentales de la física han sido siempre epifanías místicas que se derraman en el intelecto de los científicos, ¿me explico?

—Creo que sí. Me sorprende su forma de ver las cosas.

—No quiero que esto se convierta en una cátedra de cosmología. Lo que trato de decirte es que Dios está en todas partes, diseminado universalmente en todos los seres vivos, y no nos vigila, simplemente nos acompaña y nos guía, ¿me explico?

—¿Entonces todo lo que nos ocurre depende de la voluntad de Dios?

—No todo, Arturo. Existe algo que se llama “libre albedrío”. Dios nos indica el camino, luego depende de nosotros seguirlo o cambiar el rumbo. Dime, ¿qué más te preocupa? ¿Qué fue de tu padre?

—Mi padre nos abandonó cuando yo tenía solo dos años. Toda mi formación se la debo a mi madre, a mi abuela y a este colegio.

—¿No has vuelto a ver a tu padre?

—No, maestro.

—¿Está vivo?

—Vive en Europa con una mujer de origen inglés.

—No tengas pena en desahogarte.

—Maestro, me preocupa seguirme haciendo daño.

—Eso depende de ti. Es tu libre albedrío.

—No solo depende de mí.

—Arturo, ¿a quién quieres salvar quitándote la vida?

—A nadie, padre, solo quiero paz. No tengo paz, ¿entiende?

—El camino hacia la paz suele ser largo, difícil y estrecho, pero una vez que la alcanzas, la vida adquiere sentido.

—¿Y luego qué?

—Luego te conviertes en un ser amado que le sirve a los demás —Santiago hizo una pausa y me extendió un papel que sacó de la gaveta de su escritorio, donde tenía una pequeña escultura del Quijote—. Te propongo lo siguiente, querido Arturo. Habrá un retiro espiritual el próximo fin de semana en Estelí. Iremos a las montañas del norte para meditar con Dios sobre la vida. ¿Te gustaría unirse?

—No lo sé... Permítame unos días para tomar una decisión.

—Piénsalo con calma, no hay prisa.

—¿Quién más irá?

—El maestro Iván, la maestra Cecilia y el padre Silverio. La idea es ir con estudiantes que tengan búsquedas espirituales intensas como la tuya en este momento de sus vidas. Estaremos un fin de semana en la Garnacha, la casa comunal de los jesuitas en Estelí. Queda abierta la invitación, Arturo, tómate unos días para pensarlo y luego me dices si nos acompañas o no. No te sientas obligado a ir. Como te dije, la idea es salir un poco del bullicio de la ciudad, tener un espacio para vernos hacia adentro, orar y comunicarnos con el Señor.

—Gracias, padre Santiago.

—Tal vez para entonces me empiezas a decir Santiago y nos olvidamos un poco de esa figura tan seria del “padre”.

—Gracias por tomarse el tiempo de escucharme.

—Cuando quieras hablar solo dime, y hago otro espacio en mi agenda para escucharte, ¿de acuerdo?

Respondí que sí con la mirada.

Antes de salir, Santiago me detuvo y me dijo:

—No dejes de leer, Arturo. No pierdas el contacto con Proust. La lectura es alimento para el alma.



## VIII

LA CONVERSACIÓN CON SANTIAGO, pese a su moderación y candidez, me dejó en crisis. No podía creer la oportunidad de oro que tenía para ir con él a las montañas de Estelí a meditar sobre la vida y sus derroteros. Sin embargo, el nerviosismo me impedía aceptar el reto de acompañarlo en esa gira que podría cambiarme la vida. ¿Y si aquella experiencia terminaba por angustiarme más? ¿Y si en uno de mis exabruptos le declaraba mi estúpido amor platónico a Santiago? ¿Qué pensaría de mí? Definitivamente no tendría las tripas suficientes para enfrentarlo y decir todo lo que sentía por esa alma entregada a la religión de los seguidores de San Ignacio de Loyola.

Saliendo de la oficina de Santiago me topé con Ricky, quien me preguntó cuál era el puntaje que había sacado en el examen de coeficiente intelectual que nos hicieron en el colegio. Le dije que mis resultados estaban dentro del promedio 90-110, es decir, no era un superdotado. Ricky me mostró los resultados de su prueba: 130 puntos. No podía creerlo, pero mi primo era parte del selecto grupo de niños genios de la secundaria que, pese a tanto brillo, desperdiciaba su talento en las narices de los jesuitas.

Ricky tenía una inteligencia psicométrica envidiable, lo cual, de alguna manera, me intimidaba. Le iba bien en matemáticas, química y física sin necesidad de hacer muchas horas de estudio. De hecho, dejaba sus tareas para última hora y pasaba las clases con las completas. Era un *bully* perverso. No tenía problemas en humillar sostenidamente a sus compañeros del colegio, pero tampoco era capaz de apreciar un cuento de Roald Dahl o un poema de Rubén Darío.

A veces pienso que Ricky era más listo que Michelle, pero la gran diferencia con mi mejor amiga es que ella era mucho más empática que mi primo. Michelle era una inteligencia integral, completa, lo suficientemente capaz de entender la ciencia, la religión y el arte como tres formas de humanismo. Ricky, en cambio, era una inteligencia parcial y específica, demasiado inmadura todavía.

Ahora bien, ¿cuál era mi lugar entre esas dos inteligencias? Yo tenía cierta madurez frente a la vida, cierto sentido crítico a raíz de mis crisis de pánico, pero no era un genio como ellos. Mi lugar era más frágil, pero nunca inferior.

Michelle me enseñó a reconocer que tenía un talento especial con la palabra escrita y una inteligencia interpersonal que me permitía entender conjeturas filosóficas de manera holística, sin imponer mi criterio sobre los demás, por el contrario, escuchando todos los puntos de vista posibles sobre un mismo asunto para llegar a una conclusión que les fuera útil a cada uno. En otras palabras, según Michelle, yo era una especie de “genio espiritual”, aunque nunca entendí bien lo que eso significaba.

Nunca entendí tampoco el comportamiento violento de Ricky, ni sus problemas de egolatría, pero asumo que era el resultado de la educación que había tenido en su hogar. Mis tíos lo mimaron siempre con lujos y extravagancias, viajes,

fiestas y banquetes. Ricky quería ser un monarca absoluto allá a donde fuera. En una palabra, hacía lo que quería y eso no estaba permitido en el colegio.

Si Ricky no había sido expulsado de la escuela era por su maldito coeficiente intelectual. Mis tíos les pedían a los curas que le perdonaran sus berrinches bajo el pretexto de que Ricky formaba parte del escaso 2% de la población mundial que obtiene ese porcentaje de CI, lo cual tampoco era mentira.

En fin, el repugnante comportamiento de mi primo no solo me causaba asco sino también una cuota de lástima y envidia. Envidia porque, pese a su ego desmedido, Ricky tenía cierta jerarquía entre los profesores que lo miraban como un talento en desperdicio. Y lástima porque era mi primo, mi sangre, y aunque se portaba como un verdadero canalla emocional era el único ser humano con el que había tenido un contacto sexual hasta ese momento.

Después del abandono en el que nos dejó mi padre, mamá se volvió una especie de santa, una mujer sin contacto directo con ningún hombre, devota de la Virgen María, frecuentadora de misas dominicales y recogida en su propio mundo espiritual.

Por otro lado, mi educación sexual era pobrísima. Mis compañeros y yo habíamos sido privados de una pedagogía del sexo en nuestro propio centro de estudios, lo cual era lógico porque estaba regido por sacerdotes “castrados” que rezaban un padrenuestro todas las noches pidiéndole al Señor que no los dejara “caer en la tentación”.

La castidad de los jesuitas estaba en nuestra contra. Si bien es cierto que había una psicóloga clínica en aquella institución, su clase de Educación sexual nunca llenó mis expectativas. Michelle tampoco estaba muy contenta con ella.

Yo empecé a escribir mis primeros poemas amorios a esa edad, cuando cumplí los 15 años y estaba arrimándome a una concepción autodidacta de la educación orgiástica, impulsada por las inclinaciones depravadas que despertaban mis lecturas lascivas del Marqués de Sade.

¿En realidad era yo un depravado sexual? Ahora que lo pienso, simplemente era un adolescente inquieto como cualquier adolescente, pero con un gusto desmesurado por lo prohibido.

## IX

UN FIN DE SEMANA ANTES del retiro espiritual, Michelle me invitó a un antro gay. Le dije que sí porque sería una buena oportunidad para distraerme y acompañarla.

Cuando llegamos al sitio, Michelle y yo entramos muy serios, como quien asiste a un zoológico donde los animales andan sueltos. En otras palabras, aquello era un safari de maricas.

Un tipo delgado, morocho, sensual, con ojos negros azabaches y labios divinamente carnosos se acercó para preguntarme si me gustaba la música que escuchábamos. Le dije que no me gustan los antros gais y menos la música que allí ponen, pero esa vez no quería dejar sola a una amiga que tenía ganas de divertirse.

De repente, Michelle se perdió en la espesura lésbica de mujeres entregadas al alcohol y la marihuana, luego de hacerme una señal de “vuelvo enseguida” y mezclarse en la pista de baile con todo tipo de transexuales y hermafroditas.

Yo me quedé rumiando en la barra de aquel lugar con el negro altísimo cuyos ojos azabaches atravesaban todo mi ser mientras se movía empujado por la música electrónica de aquel antro de locas insumisas.

—¿Entonces, no te gustan los antros gais?

—En lo absoluto.

—¿Ni la música?

—Ni la música.

—Qué chico más interesante, ¿cómo te llamas?

—Arturo.

—Arturito, ¿eh?

—¿Cómo?

—¿No me acompañarías a bailar?

—No sé bailar.

—Mi amor, bailar es algo que todos traemos dentro.

—No me gusta bailar —insistí.

—Ujum... Sospecho que lo tuyo es la lectura.

—Exactamente.

—Vamos, querido, dime qué te gusta leer.

—Proust, Kafka, Joyce, Whitman...

—Mi amor, qué pena, pensé que me hablarías de Rubén Darío, Pablo Neruda o García Márquez, pero mencionas puros gringos, rusos y no sé qué más.

—Uno es gringo, el otro es irlandés, el otro es checo y el otro francés.

—Querido, qué gustos más exóticos para un pequeño centroamericano. ¿No se te hace una selección muy eurocéntrica?

—También me gusta Darío y Cardenal.

—Pues yo nado en el Kamasutra, mi amor. ¿Has oído hablar del sexo tántrico?

—No.

—Es obvio, mi vida.

—¿De qué hablás?

—El sexo tántrico es el sexo espiritual. Se hace con los ojos abiertos. Es una doctrina filosófica que propone relaciones

sexuales más profundas, llenas de energía cósmica, relaciones sexuales que no se limiten a un polvito diurno. ¿Eres virgen, mi vida?

—Así es.

—Me lo imaginé.

—Tenés buena imaginación.

—Dime, ¿quién es ese *Widman*? Tiene nombre de superhéroe.

—Se dice *Whitman*, con “th”.

—Ay, querido, ¿en qué película sale *Widman*?

—¡Es un escritor!

—Cierto, disculpa, no hace falta que me grites, cariño.

—Lo siento, me das risa.

—Tanta cerveza me tiene mareada. ¿No quieres que te invite?

—No, gracias. No tomo.

—Uy, qué aburrido el señorito. Entonces dime qué tiene de especial tu famoso *Widman*.

—Es un poeta gringo, el precursor del verso libre.

—Para mí la poesía es libre de principio a fin, y por lo tanto todos los versos son libres. Dime, Arturito, ¿no tienes otra cosa en tu cabeza que no sean libros?

—Tengo ideas.

—¡Qué maravilla! ¡Un idealista en un país de revolucionarios fracasados como Nicaragua! Pero qué delicia de adolescente, ¡por Dios! No conozco niños como tú en estos tiempos de globalización y neoliberalismo. Dime una cosa más, tierno mío, ¿qué libro me recomiendas de tu querido *Widman*?

—*Leaves of Grass*.

—¿Dónde lo venden, amor?

—Solo lo he visto en Hispamer Central.

—¿No será muy caro?

—Todos los libros son caros.

—Mi vida, parece que nunca has pisado una librería de libros piratas.

—No creo que ese libro esté en una librería de ese tipo.

—¿Por qué?

—Solo lo he visto en Hispamer Central, editorial Visor.

—Mi amor, eres todo un burguesito. ¿Qué tiene de especial ese libro?

—Es un himno a la naturaleza.

—¿Te gustan los animales?

—Sí, por eso vine aquí.

—Ja, ja, ja. ¡Carajo! Me encanta tu actitud.

—Simplemente no entiendo por qué para ser maricón hay que parecerlo.

—Mi amor, no te enredes. Cada loca tiene su estilo, incluso las locas sumisas como tú. A mí me encanta bailar. Y mover mis nalgas así.

El morocho me puso las nalgas en la entrepierna y empezó a revolverlas en mis genitales.

—¿No te gustan? Estos cachetes son tuyos, tesoro mío. ¡Tócalos!

Me aparté de la barra e hice un gesto de despedida, pero el flaco me detuvo y me pidió disculpas. Definitivamente estaba ebrio.

—No seas tan huraño. El mundo es una broma. Si no te ríes de la vida para qué viniste al mundo.

—Está bien, pero no estoy para bromas.

—¿Sabes cuáles son los verdaderos maricones?

—No lo sé.

—Los que se lo pasan llorando todo el día porque el resto de la sociedad los tilda de putas sin talento, ¿sabías? Los que

se suicidan dentro de su propio clóset. No me vayas a decir que tú, adolescente divino, te irás a convertir en uno de esos maricones amargados.

—Tu acento no es común, ¿sos nica?

—¿Por qué me cambias el tema, Arturito?

—Definitivamente tu acento no es de Managua.

—Soy nica, pero nací en Bluefields. Allá te darías gusto viendo negros con pollas de caballo.

—Nunca he ido a la Costa Atlántica.

—Pues yo te llevo el día que tú quieras, mi amor. ¿Nunca has bailado Palo de Mayo?

—No.

—Es una tradición bellísima.

—¿De qué se trata?

—Imagínate a toda la negritud nicaragüense moviendo el culo y las tetas en torno a un palo de más de cinco metros, con trajes folclóricos y naguas de colores. Es una maravilla, todo es con percusión, panderetas y tambores sellados con piel de cerdo. Cuando te toque pelar el culo manso de alguien que se te ponga en dos patas te verás obligado a mover esas rígidas caderas. Dime una cosa, ¿tienes novio?

—No tengo.

—Mi amor, ¿qué edad tienes?

—15.

—Ay, yo te ponía 18. Tienes cuerpo de hombrecito. ¿No te has enamorado, entonces?

—Sí, pero no.

—A ver, dulce Confucio, tendré que preguntarte a qué te refieres con esa respuesta de “sí, pero no”.

—Tengo un amor platónico.

—Dios mío, tú razones incluso el amor. Un amor platónico, mi vida, cuéntame quién es el afortunado.

- Mi profesor de filosofía.
- ¡La Santísima Trinidad! ¿Cómo es tu profesor de filosofía?
- Delgado, alto, blanco, ojos azules.
- Tesoro, parece que me estás describiendo a Quetzalcóatl.
- ¿A quién?
- A la serpiente emplumada de los indios americanos.
- Cierto, la serpiente emplumada de la mitología prehispánica.
- Ya sabes algo de serpientes, es un buen inicio.
- ¿Por qué?
- ¿No te gustaría que se te enrosque una culebra en todo el cuerpo y luego te escupa leche en la cara?
- No seas asqueroso.
- Bandido, no se te escapa nada. Dime, ¿eres uno más de la larga cadena de niños criollos que veneran a los españoles?
- No lo sé, tal vez.
- ¿No te das cuenta de que todos venimos de África? ¿No te gustan los negros?
- No he dicho eso.
- Me acabas de decir que veneras a tus españoles blanquitos, altos, ojos azules.
- No los venero, simplemente me atraen.
- ¿Y los negros como yo, tesoro, también te atraen?
- Me atrae la belleza, no importa el color que tenga.
- A ver, dime un negro que te guste.
- Usain Bolt.
- Mi amor, estás bien enterado. Ese negro debe tener un cedro entre las piernas.
- Ja, ja, ja. Te pasás.
- Por fin te veo la sonrisa. ¿Cuándo vas a visitarme?
- No salgo mucho.

En ese momento llegó Michelle con los ojos rojos y una sonrisa bufona que me recordó al Joker de Jack Nicholson. Estaba drogada.

—Y esta niña tan bella, ¿quién es? —preguntó el flaco.

—Es mi mejor amiga, se llama Michelle.

—¡Pero qué linda pareja de púberes!

—Mucho gusto, soy Michelle.

—Mucho gusto, soy Arco.

—¿Sos nica? —preguntó Michelle.

—Soy de la Costa, mi amor. Les recuerdo que la Costa Caribe nicaragüense también existe. Para que la visiten. Así terminan de apreciar su país como Dios manda.

—No era mi intención ofenderte, mis padres también son costeños —dijo Michelle, mientras se dejaba derretir por la música electrónica.

—No me ofendes, dulzura. Pero ya va siendo hora de que los niños criollos del pacífico se enteren de lo muy mezcladitos que estamos en Nicaragua.

—Yo estuve en Corn Island el año pasado —dijo Michelle.

—¿En serio? ¿Y te gustó? —preguntó Arco.

—La gente es muy linda. Me encanta el miskito.

—Sí. Hablamos miskito y creole. Los costeños descendemos de esclavos africanos que trajeron los piratas británicos.

—Así es. Mis padres son de origen garífuna —dijo Michelle.

—Se te ve, mi reina de ébano, en esos labios voluptuosos que resaltan entre tus pómulos negros me veo reflejada. Qué niña tan divina. Una prueba más de que el Paraíso está en África.

Michelle sonrió agradecida por el comentario elogioso del negro brillante que sacaba chispas con la música electrónica de aquel antro homosexual.

—¿Cómo es el creole? —pregunté.

—Es el inglés británico del siglo XIX, pero con una gramática africana. Tiene una cadencia diferente, otro acento, otra sintaxis, cariño —dijo Arco.

—Está lleno de regionalismos misumalpas, como el sumo y el matagalpa —dijo Michelle.

—Así es, cariño. Pero dime una cosa, ¿cómo hacemos para sacarle tanto intelecto a tu amiguito?

—Arturo es así. No tiene remedio.

—Le puse las nalgas y me las rechazó. ¿Lo puedes creer?

—Arturo es un gran aburrido, por eso lo quiero tanto.

—Creo que ya deberíamos irnos, la música está muy alta —dije.

—Fue un placer conocerlos, mis amores.

—El placer también fue de nosotros —dijo Michelle.

—Esperamos volver a verte, Arco —dije.

—Les aseguro que así será, querubines.

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó Michelle.

—Iris, cariño —dijo el flaco—. Me llamo Arco Iris.

## X

ESTUVE CONVERSANDO CON MICHELLE sobre la propuesta que me hizo Santiago el otro día en su oficina.

Michelle me dijo que no perdía nada con ir al retiro. Aunque lo más probable es que nunca pasaría nada entre Santiago y yo, aquello podría servirme para estabilizar mis ánimos y recuperar mi autoestima.

Michelle era muy persuasiva y tenía una voz muy tierna, capaz de convencer a cualquiera sobre asuntos espinosos que requieren tacto.

Luego me dijo que estaba saliendo con una chica diez años mayor que ella. Deseaba presentármela y me preguntó si la acompañaba a tomar un café con ella.

Le dije que sí.

Al siguiente día nos vimos en Casa del Café de Los Robles, donde iban mochileros, intelectuales, extranjeros, clase-media y *freaks* como nosotros. Michelle me presentó a su pareja, una mestiza de pelo negro ondulado y ojos castaños.

—Arturo Mutz, ella es Julia Lagos —dijo Michelle.

—Mucho gusto, Julia.

—El gusto es mío, Arturo.

Julia me dio un beso en la mejilla y luego ordenó un expreso doble cortado. Michelle pidió un batido de piña colada y yo pedí un café americano endulzado con crema irlandesa. Julia parecía ser más tímida que yo, así que Michelle apeló a sus cualidades de anfitriona para romper el hielo.

—Julia es de Santiago de Chile, la patria de tu querido Nicanor Parra.

—¿En serio? —pregunté.

—Así es. Michelle me dijo quéri gran lector. Qué choro —respondió Julia.

—Me gusta mucho Parra. Soy grupi de ese viejo herético, cuyo sentido del humor solo me hace pensar en Cervantes.

—¿Cómo llegasti a Parra?

—Tal vez porque también me gusta Ernesto Cardenal y hay vasos comunicantes entre los dos.

—¿Otro chileno que no sea Neruda ni Parra?

—Huidobro y Enrique Lihn.

—Me sorprendi que no mencione a Mistral, Pablo de Rokha, Jorge Teillier, Gonzalo Rojas, Óscar Hahn...

—Me decanto por el antipoeta.

—¿Te gusta algún novelista chileno?

—Pedro Lemebel y José Donoso.

—¡Bacán! Pensí que me diría Roberto Bolaño.

—Bolaño está de moda, y ambos sabemos que la moda es pasajera.

—A mí se me haci un genio. ¿Liste *Los detectives*?

—No lo terminé.

—¿La dura? ¿Por qué?

—Es un papelón.

—¿Cómo?

—Bolaño comparte la misma obesidad intelectual de Foster Wallace. Me parece que, si vas a contar una historia

interesante, tenés que escribir apretadito. Eso lo aprendí leyendo a Rulfo.

—Yapo, pamí Robertito es un genio, ¿cierto?

—Un virtuoso, lo cual es distinto. Para ser un genio hace falta ser mucho más que un virtuoso. Un virtuoso de la literatura es capaz de escribir un libro de más de 300 páginas sin decir una sola epifanía en su obra. Y esto es Bolaño. No hay genio sin reflexión y Bolaño es un autor que no sabe pensar. Es más, sus libros carecen de aforismo.

—¿La dura?

—Bolaño narra, narra y narra sin parar. Se derrama, se vuelve denso y copioso como el Amazonas, y pronto te das cuenta de que su prosa es demasiado líquida, no se sostiene en el tiempo.

—Pamí es un clásico contemporáneo.

—¿Bolaño?

—Yapo. Creo que estái dejando a un lado el agudo sentido del humor que tiene Bolaño, su parataxis llena de árboles sintácticos espesos, su prosa lírica, su estética de la digresión, su crítica social, su erudición enciclopédica, la profundidad psicológica de cada personaje, su erotismo, su agilidad mental, el universo latinoamericano dominado por sus pasiones políticas, caleta de cosas po.

—¿No te parece sobrevalorado?

—Bolaño es un autor kafkiano, hasta cierto punto. ¿Cachái?

—¿Por qué?

—El último narrador maldito.

—Creo que Bolaño es una continuación de Cortázar, con la diferencia de que el chileno habla de putas asesinas, borrachos, políticos mediocres, mujeres desaparecidas,

jóvenes exiliados y una caterva de personajes que contrastan con los cronopios de Cortázar.

—Mmm, qué pesao.

—Bolaño es un real visceralista y escribe más con las vísceras que con la imaginación.

—A mí Bolaño se mi haci un autor muy imaginativo, fíjate. Toda esa construcción de biografía literaria ficticia a partir de *La literatura nazi en América* está llena de garbo, ingenio, chispa. Bolaño no solo escribe novelas grasosas. ¿Liste *Amuleto*, *Amberes*, *Estrella distante*? ¿Cómo decir que todo eso es falta de imaginación?

—Son novelas breves, pero no son las más conocidas.

—¿Qué me decí de sus cuentos?

Julia tenía una voz hermosa. Su acento andino era cadencioso y sus convicciones eran inamovibles. Por algo Michelle se había enamorado de semejante muñeca. La chica tenía criterio. Su vehemencia era una forma de pasión por el debate.

Michelle tenía el semblante risueño, estaba encantada, mirando cómo Julia desplegaba sus conocimientos como las plumas de un pavo real frente a una cámara de la National Geographic.

—La pequeña obra maestra de Bolaño es *El gaucho insufrible* —dije—. A mí se me hace mejor cuentista que novelista.

—¿Liste su poesía?

—Es un poeta mediocre, sin ideas, vacilante.

—¿La dura?

—El único poema que me gusta es “Mi carrera literaria”.

—¿Por?

—Cuando lo leí fue como recibir una bofetada. Me despertó, me cuestioné muchas cosas por dentro. Y me las sigo cuestionando todavía.

—Es bukowskiano, ¿cierto?

—Exacto. Me causó la misma impresión que tuve al leer “Manual de combate”.

—¿Has leído su poema sobre Cardenal?

—Es poesía menor.

—¿Qué está diciendo?

—Bolaño no es un gran poeta, insisto, no es nada lírico.

—Pamí es un mito vivo. En Chile es amor-odio contra él. Qué flojera que no te guste su poesía.

—Creo que lo han idealizado porque está gravemente enfermo y vende titulares estridentes en sus entrevistas, declaraciones incendiarias, críticas filosas y mucho ruido, lo cual le da cierta aura de héroe trágico.

—Yapo, un bocazas. Estoy de acuerdo contigo.

—Empezó a brillar cuando se dio cuenta de que tenía el hígado destruido y se volvió un rókstar luego de ganar el Rómulo Gallegos. Eso fue hace pocos años, Julia.

—Pamí Bolaño es un mártir cultural que se resiste a desaparecer.

—Y escupe veneno porque sabe que se va a morir.

—¡Váya quéri sesudo pa ser tan cabro!

Por fin llegó nuestra orden y cada uno estaba satisfecho con lo que pidió, a pesar de que se tardaron un mundo en traerlo.

Michelle era una espectadora pasiva, una oyente feliz de aquel diálogo estéril donde yo intentaba ponerle sal a la conversación sobre Bolaño. Sin embargo, Michelle estaba poniendo a prueba las capacidades de su novia a través del interrogatorio sobre literatura chilena.

Michelle, esa chica que parecía no mataba una mosca, reabrió el debate literario luego de darle un sorbo a su batido de piña colada.

—¿Por qué no le decís a Julia cuál es tu impresión de Donoso?

—Donoso era un cretino con talento —dije, acomodándome en el asiento—. Debería ser más leído que Bolaño, tiene más méritos.

—¡Chucha madre! ¿Por qué? —preguntó Julia.

—Tiene una prosa poética con descripciones asombrosas y personajes inmortales como Misiá Raquel, la Dora, la Brígida, Madre Benita, Nuria Monclús, la Chepa, Ada Luz, e incluso el retrato de Matilde Urrutia que hace en *La desesperanza*.

—Te sigo, qué choro.

—Sus personajes mejor logrados psicológicamente son mujeres. Donoso era una loca reprimida, pero en sus ficciones se destapaba. Era afeminado cuando escribía.

—¡Yapo! Pero ¿por qué un cretino?

—Odiaba ser un hombre casado porque nunca salió del clóset. Odiaba ser padre de una hija adoptiva, de allí su alcoholismo, su adicción a los fármacos, su ego desmedido. Era un hombre complejo, un canalla emocional como la mayoría de los escritores del *boom*.

—¿Has leído *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*?

—No.

—¡Pucha, es genial!

—¿De qué trata?

—Es su libro más erótico, por no decir pornográfico. También está lleno de humor. Trata sobre una niña nicaragüense que llega a Madrid y se casa con un marquesito. Luego, el marquesito muere porque tiene una salud muy mala y la madre del marquesito pervierte a esta marquesita que es una niña hermosísima. En medio del drama se méti un pintor

que tiene un perro y nunca sábi si el perro existe o no existe. Y no te digo má porque no quiero hacer *spoiler*.

—¿En qué editorial?

—Seix Barral está bacán. Yapó, tenís que leerla.

—Lo haré.

—Volviendo patrás, Arturo, me quedó una inquietud.

—Decíme.

—No entendí tu comentario sobre el *boom*.

—El *boom* latinoamericano no explotó en mí. Eso quise decir.

—Explicame.

—Era una banda de machos muy machos que se dieron el lujo de operar en pandilla e ignorar la obra de María Luisa Bombal, Josefina Vicens, Rosario Castellanos, Claribel Alegría, Dulce María Loynaz, Elena Garro, Clarice Lispector y puras genias. También excluyeron a los homosexuales de antaño: Lezama Lima, Reinaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Monsiváis y Manuel Puig. Ellos nunca fueron tan leídos como García Márquez, Cortázar o Carlos Fuentes. Yo no soporto a Fuentes, pero creo que el peor es Vargas Llosa.

—¿Vargaillósa?

—Vargas Llosa es un político metido en la literatura.

—Pamí es un gran ensayista.

—Es monótono. Su obra es la máxima expresión del realismo sin gracia. Lo que tiene Marito es fama, dinero y una redacción impecable. Y esto se lo debe a sus relaciones públicas.

—Pamí es un arquitecto del lenguaje. Lo encuentro talentoso.

—Es un divo de la farándula tercermundista.

—Yapo, ¿y cuál es patí la diferencia entre Garcíamárque y Vargaillósa?

—Uno te hace soñar despierto. El otro te hace bostezar.

—Ya me distes risa. ¿Qué opinái de Octavio Paz?

—Era un camaleón afrancesado, nada autocrítico. Llegó a decir en una entrevista con Soler Serrano que la identidad de los pueblos indígenas prehispánicos le debía a la Corona española su cohesión y su unidad posterior.

—Yapo, ¡qué mierda!

—Llegó a decir también que el personaje más detestable de la historia de España fue San Ignacio de Loyola, el “patrón” de los marxistas.

—Coincido contigo, dijo muchas weás. Nunca me gustó su poesía hermética, la dura, me resulta empalagosa. Pero creo que era genial en sus ensayos, en particular el que escribió sobre Sor Juana.

—¿*Las trampas de la fe*?

—Ese mismo.

—Sor Juana era igual de talentosa que Clarice Lispector.

—Amo a Clarice. La cabeza más singular que he leído en mi vida.

—No he podido leer *La hora de la estrella*.

—Es la historia de una muchacha sencilla que ni siquiera se ha enamorado en la vida. No te sigo contando, no quiero hacer *spoiler*. Yo la releo. En verdad es una delicia cómo escribía la brasileña. Sus cuentos no tienen na que envidiarle a Borges.

—Borges era frío. Estoy de acuerdo.

—Era una computadora que escribía cuento en forma de ensayos, ¿cachái?

—Se le critica mucho lo cerebral de sus cuentos, pero creo que Borges también era muy sentimental, a su manera.

Su poesía es muy sentimental y su prosa es muy poética, no vamos a decir apasionada, pero sin duda Borges era un narrador lírico, además de fantástico. Creo que el Borges cálido está en la poesía y no en la prosa. Aunque en su prosa yo siento a un escritor que intenta iluminar a sus lectores. Era tímido, eso es todo, pero se daba a querer. Mostraba su magia con mucha naturalidad. Deslumbraba sin esfuerzos. Aunque se editaba mucho a sí mismo. El Borges prosístico también es un abuelo genial, un sabio sensible que intenta ser querido de forma íntima, difícil pero amable. Nos cuenta un poco su vida, una vida intelectual, sosegada, melancólica, una vida de bibliotecario valiente, como diría Bolaño; pero la cuenta con cierta ternura. Mario Bunge tiene una descripción brutal sobre Borges, donde explica por qué lo admira, pero no se siente conmovido por su obra. Dice que Borges era extremadamente culto, inteligente, imaginativo e ingenioso, pero también le faltó algo. Bunge propone que lo que le faltó a Borges fue empatía. Nunca tuvo lástima ni amó apasionadamente a persona alguna. Sospecho que Bunge tenía algo de razón, pero Borges también era humano, era un caballero, era un hombre ético y profundo.

—Para mí Borges era un genio, pero también un insípido conservador con inclinaciones políticas escandalosas, incluso racistas —dijo Michelle, interviniendo por primera vez en el debate—. Recibió el Doctorado Honoris Causa por la Universidad Católica de Chile de manos de Pinochet en plena dictadura militar. Luego le dedicó palabras elogiosas, por eso no le dieron el Nobel. A pesar de su pesimismo bello, su adjetivación precisa, su erudición y su sentido del humor, siento que a su obra completa le hizo falta la chispa de la juventud, el fuego del erotismo, la sensualidad de la locura, la gracia encantadora del sexo que yo sí encuentro en Proust, por ejemplo, aunque de manera sutil —concluyó Michelle.

—¿Proust te pareció un autor erótico? —preguntó Julia.

—Claro, el universo hormonal que prevalece en la descripción que hace de su entorno femenino es profundamente homosexual, sobre todo en *Sodoma y Gomorra*. En cambio, Borges fue un autor virgen en todos los sentidos, un perfeccionista —dijo Michelle.

—Hay que separar al autor de la obra —dije—. No se puede negar la genialidad de Borges —agregué, intentando cerrar el tema para no quemarlo.

Julia y Michelle se quedaron reflexionando mientras sorbían sus bebidas. Luego de un largo silencio entre los tres, las chicas se dieron un beso y yo me tomé el último sorbo de mi café, el cual tenía un dulce sabor tornasolado gracias a la crema irlandesa. Tras la pausa, Michelle cambió de autor y empujó otro comentario.

—No han hablado de nuestro querido Pedrito.

—¿Cuál Pedrito? —preguntó Julia, mientras acariciaba el pelo de Michelle como quien rasca el pelaje de una gata persa.

—Lemebel, mi amor, Pedrito Lemebel —dijo Michelle.

—Lo amo por su desparpajo —dije—. *Loco afán* es mi libro favorito.

—Me fascina cómo describe los mercados, los puteríos, los bares provinciales de Chile —dijo Michelle.

—Denunció la hipocresía de la clase media y la corrupción del partido comunista —dijo Julia—. Es un cronista espléndido, descabellado, contracultural, ¿cierto?

—Cierto —dijo Michelle.

—¿Leyeron *Adiós mariquita linda*? —pregunté.

—Aún no —dijo Julia, recostada en el hombro de Michelle—. Es una deuda pendiente. Leí *Tengo miedo, torero*.

—¿Y qué tal? —pregunté.

—Me reí mucho. Su humor es único —dijo Julia.

—Sus libros están llenos de acidez, morbo y mordacidad. Lemebel es una de esas raras locas chocantes, carismáticas y resentidas que piensan veloz y son más ocurrentes que un rayo en plena tormenta —agregué.

—Yapo, también lo discriminan. Es un activista marginal, un travesti que rompió todos los esquemas en plena dictadura y ahora lo tratan como performancero temerario.

—¿No les parece —dijo Michelle— que Lemebel sigue siendo discriminado no solo en Chile, sino en el resto de Hispanoamérica?

—Eso pasa con todos los homosexuales, mi amor —sostuvo Julia—. En Chile, Pedrito no se lee tanto como Bolaño. Y ambos son igual de talentosos.

—¿Ganó algún premio en su patria? —pregunté.

—Se merece el Premio Nacional de Literatura, pero Lemebel es un escritor antisolemne. Creo que no lo aceptaría —dijo Julia, mientras se acomodaba en el hombro de Michelle, quien la mimaba ociosamente—. En una entrevista reciente le preguntó a Bolaño si un autor, para ser universal, tenía que ser traducible a todos los idiomas. Entonces Bolaño le dijo que sí, al tiro. Y Lemebel, con su infaltable sentido del humor, le dijo: “Yapo, Robertito, ¿y qué pasái conmigo que soy intraducible porque lo editores dicen que mis libros están llenos de chilenismos?” —agregó Julia.

—¿Y qué le contestó Bolaño? —pregunté, mientras Michelle pedía la cuenta.

—Bolaño cambió el tema y se fue por las ramas, como en sus libros —sentenció Julia.



## XI

DECIDÍ HABLAR CON SANTIAGO para decirle que me apuntaba al retiro espiritual del colegio. Con sorpresa y alegría recibió mi decisión y me dijo que ya se habían anotado alrededor de 55 estudiantes, entre varones y mujeres, y que el límite eran 60.

Pensé que era demasiada pubescencia para una actividad de esa naturaleza, pero Santiago me explicó que en los retiros pasados los estudiantes se habían quejado por el cupo limitado y era tiempo de hacer algo más grande y “sonoro” en la Garnacha.

No entendí a qué se refería con “sonoro”, pero la voz de Santiago era excitante y prosódica. Tal vez se refería a los coros de las misas. La manera en que sus labios se movían era tan divinamente heterosexual que me endurecía la entrepierna con solo escucharlo. Esa boca rodeada de una barba quijotesca terminaba por hacer de Santiago el jesuita más exquisito sobre la faz de la tierra.

Nos fuimos un viernes por la mañana, en dos buses del colegio, hacia las imponentes montañas de Estelí. Yo llevé mi infaltable literatura erótica en la mochila y descubrí una nueva afición en el camino: empecé a escribir versos

rimados con lenguaje explícito que bauticé con el nombre de “pornopoemas”.

Todos estaban inspirados en Santiago, por supuesto, mi amor platónico. En el camino le mostré a Michelle mis nuevos hallazgos, uno de los cuáles era una parodia de “Lo fatal”, el mejor poema existencial que escribió Rubén Darío en toda su vida.

*Lo sexual*

*Dichoso el falo que es apenas sensitivo  
y más la verga dura porque esa es la que siente  
pues no hay dolor más grande que tenerlo inactivo  
ni mayor pesadumbre que ser impotente.*

*Ser y no coger nada, y moler sin rumbo cierto,  
y el placer de haber cogido y un futuro dolor...  
Y el encanto seguro de amanecer mañana erecto  
y sufrir por el sexo y por la carne y por*

*lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la cama que espera con los cuerpos desnudos  
y la tumba que se abre después que follamos*

*¡y no saber con quién cogemos  
ni sobre quién venirnos!...*

A Michelle le encantó la parodia que escribí. Le pregunté si valía la pena mostrársela a Julia para saber su opinión al respecto. Michelle me dijo que seguro le gustaría y que la próxima vez que saliéramos se la íbamos a mostrar.

Cuando llegamos a la Garnacha –una casa enorme, pacífica y silenciosa– noté que las paredes de madera rústica

y ladrillo rojo le daban un encanto medieval. También noté que los fogones de piedra, los dormitorios, los baños y los comedores que nos esperaban eran gigantescos. Advertí que estábamos rodeados de espectaculares paisajes de pinos, abetos, ceibas y cedros; lo cual permitía que la neblina se metiera en el caserón sin pedir permiso. Entonces recordé lo dichoso que había sido por el simple hecho de que mi primo Ricardo no se apuntó con nosotros.

Michelle, por su parte, decidió acompañarme por el puro morbo de ver mi reacción frente a los sermones de Santiago y registrar mi supuesta conversión espiritual en aquel retiro necesario.

El padre Silverio, quien tenía un sentido del humor más negro que el carbón geológico, una barriga saliente y una nariz redonda, la cual hacía contraste con sus orejas afiladas y sus ojos salidos, nos acompañó en todo el recorrido. También iba con nosotros el maestro Iván, profesor de matemáticas, quien guardaba un silencio sepulcral y tenía el aura de un genio trastornado por los números, cuya única razón para estar en el planeta era la enseñanza de la trigonometría.

El pobre maestro Iván no tenía más de 50 años, pero fumaba como condenado y asumía la rara costumbre de dar vueltas elípticas alrededor de las canchas de fútbol para luego sentarse en la grama de las áreas verdes del colegio con su cigarrillo en la mano. En la Garnacha la escena era la misma, solo cambiaba la naturaleza del paisaje, mucho más exuberante que la de Managua.

La maestra Cecilia, profesora de biología, era la única mujer entre los maestros de aquella expedición. Tenía un encanto natural que provocaba ternura y admiración al mismo tiempo: regordeta, cariñosa y morena como las rosquillas de Somoto. La maestra Cecilia era una especie de monja retirada

en sí misma con una sonrisa que hacía dichoso a cualquier desgraciado que se cruzara en su camino.

Una vez que todo el grupo de estudiantes se acomodó en sus respectivos cuartos, nos llamaron a los comedores para almorzar. Luego del modesto banquete –el cual consistió básicamente en una pieza de pan integral con plátano maduro, arroz y frijoles– nos dirigimos a la pequeña capilla que había en la Garnacha, donde recibimos orientaciones acerca de la dinámica que tendría el retiro a lo largo de los tres días.

El moderador era Santiago, por supuesto, y mi nerviosismo incrementaba con la sola idea de pensar que dormiría dos noches en el mismo perímetro. Lo imaginaba en *pijamas*, desnudándose y vistiéndose para finalmente hundirse en su cama luego de rezar un padrenuestro y persignarse obedientemente.

Era una ensoñación.

Michelle estaba a mi lado sacándose los mocos como una nena en un kínder, mientras Santiago terminaba de explicar la dinámica del retiro. Al salir de la capilla nos orientaron llevar libretas y plumas para escribir una reflexión en torno al episodio bíblico del bautismo de Jesús por Juan el Bautista.

Lo cierto es que yo estaba inquieto porque había crucifijos por todos lados y de repente quedé flechado por un enorme lienzo que había en la salida del sagrario donde aparecía la figura de Cristo con sus genitales tapados únicamente por un trapo blanco y polvoso.

En mi mente retorcida, Jesucristo era un supermodelo masculino, lleno de sensualidad. Inmediatamente después de semejantes desvaríos me persigné para sacudir los demonios que me atormentaban con aquellas herejías insólitas. Sin embargo, era muy difícil persignarse a la par de una loca como Michelle, otra demente que tenía ideas sexuales en torno a

la Virgen María, a quien consideraba una musa sacramental. Según Michelle, la imagen de la Virgen era profundamente lésbica por su gesto de oración constante y el éxtasis de su rostro frente al Altísimo.

Michelle no sentía remordimientos en torno a sus elucubraciones profanas, por el contrario, las cultivaba argumentando que Dios la había hecho lesbiana y que si sentía una atracción sexual por la Virgen era porque Dios intentaba acercarla al catolicismo de esa manera.

Yo le dije que en otra época hubiera sido quemada en la hoguera. Y ella, sin darle mayor importancia a mis comentarios, dijo que su máxima fantasía era formar parte de un convento de monjas y perpetrar orgías entre velas, candelabros e inciensos prendidos.



## XII

MICHELLE ME MOSTRÓ UNA BOLSITA llena de yerba seca con olor a flores exóticas.

—¿Y eso?

—Es marihuana, Arturo. ¿Nunca habías visto una bolsita de marihuana?

—Nunca. ¿Qué tal? ¿Es buena?

—Buenísima. La otra noche fumé con Julia en el patio de mi casa. Luego la chilena me desvistió y me chupó los senos con una cadencia increíble.

—Qué chilena del demonio.

—Así es.

—Quiero probarla.

—La probarás. Esta yerba es milagrosa, te abre los poros de la piel y te estimula los sentidos.

—¿Cómo va todo con Julia?

—Qué te puedo decir, Arturo... Cuando me masturbo con ella se me olvidan los azotes que mi madre me daba cuando tenía 5 años y mi viejo solo me quedaba mirando como un vegetal mientras mi hermano le daba de comer...

—Michelle, no sé qué decirte, pero me alegra que todo vaya bien con la chilena.

—Te lo digo en serio. Roberta es una estúpida. Nunca entendió mis problemas.

—Es tu madre, Michelle, no hables así de ella.

—Arturo, vamos a fumar monte. El monte es como la literatura, te hace volar sin necesidad de moverte.

La madre de Michelle era alcohólica y vivía con un marido parapléjico que apenas movía los ojos para comunicarse. Michelle creció con esa imagen del padre que había sufrido una balacera cuando prestó servicio militar patriótico en la guerra civil, que llenó de sangre los campos rojinegros de Nicaragua. En consecuencia, la mamá de Michelle se entregó a las drogas duras, era sumamente violenta y no tenía un trabajo estable; razón por la cual Michelle era becada en el Colegio Centroamérica del Sagrado Corazón de Jesús.

Roberta consumía todo tipo de fármacos y siempre que Michelle salía de Managua le alistaba un moño de pastillas que según la madre le servirían a la hija para cualquier percance: calmantes, somníferos, ansiolíticos, analgésicos, antibióticos, aspirinas, etc. Michelle tiraba los fármacos a la basura sin que la madre se diera cuenta. En el fondo siempre le estaba dando la espalda a la mujer que la trajo al mundo. Era una negación constante.

Michelle también tenía un hermano mayor que huyó de casa cuando ella tenía 9 años y se casó con una tica que conoció luego de cruzar la frontera sur de Nicaragua. Nunca supe los detalles de la vida de su hermano mayor. Tampoco su nombre, pero supongo que era un desalmado, porque Michelle y su madre tenían años intentando contactarlo y él nunca daba respuesta. Michelle lo consideraba una sombra indigna de su propia sangre, pero de alguna manera le guardaba afecto

porque la escuchó durante sus primeras crisis depresivas. No solo eso, en realidad, su hermano mayor fue su único referente afectivo durante la infancia. Antes de que se fugara con los ahorros de su madre, mientras Roberta se metía anfetaminas.

Aunque Michelle extrañaba al hermano prófugo, no le gustaba hablar de él. Por lo tanto, era importante saber que cuando Michelle estaba con Julia se le olvidaba la infancia disfuncional que tuvo con una madre inestable, un hermano que la abandonó y un padre en estado vegetal, a quien no se le aplicó la eutanasia porque Michelle le aseguró a Roberta que su progenitor todavía la miraba con unos ojos ambarinos que Michelle describía como dos hallazgos cromáticos llenos de ternura.

Lo cierto es que Michelle idealizaba al padre heroico que la guerra le quitó en una emboscada de la contrarrevolución en la frontera con Honduras, cuando un pelotón de 25 soldados del Ejército Popular Sandinista sufrió un revés que dejó a Michelle sin el progenitor funcional que ella hubiera deseado.

Pronto noté que el amor que Michelle sentía por Julia no solo era genuino, sino también necesario. Aparte de mí, Michelle solo la tenía a ella. Y la merecía.



## XIII

LE DIJE A MICHELLE QUE DESEABA probar la yerba seca con olor a flores exóticas que traía escondida en su bolso artesanal. Michelle me dijo que la fumaríamos cuando se escondiera el sol y los chavalos se fueran a la misa de las 6 con el padre Silverio. Mientras tanto, hicimos el ejercicio de reflexión cristiana con base en la lectura que nos dejaron del Evangelio. Dicho ejercicio consistía en explicar qué significaba para nosotros haber sido ungidos a partir de la experiencia bautismal de Jesús en el río Jordán.

Una vez que la mayoría de los estudiantes terminó su respectiva tarea, regresamos a la capilla, donde tuve otro encuentro con aquel lienzo delicioso de Jesús encuerado. De repente, en medio del tumulto, sentí que alguien me arrastró hasta un rincón del sagrario para susurrarme palabras al oído. Era Michelle con su bolsita de marihuana, unos papelitos y unos cerillos para prenderla.

—Ya va a empezar la misa, es momento de irnos.

—¡Me asustaste! Casi me arrancas la camiseta.

Michelle sonrió y luego nos escabullimos por una especie de túnel hasta salir por el otro lado de la capilla y alcanzar los bosques. Hacía un frío riquísimo. Nadie nos vio.

—Michelle, ¿qué pensaría Santiago si me viera haciendo esto?

—Dejalo en paz, Arturo. Estás obsesionado con el pobre andaluz. Mirá, así se enrolla esta yerba: estirás el papelito y te lo pasás por la lengua para que la saliva sirva de pegamento. Una vez que pusiste la yerba en el centro de la hojita, bien amontonada, así, la enrollás, pero con cuidado para que no se rompa ni se disperse la yerba. ¿Viste?

—No se mira tan complicado.

Michelle sacó los cerillos de fósforo y me pidió que hiciera un paréntesis con las dos manos para que el viento no apagara el fuego del cerillo. El pitillo prendió sin mayor dificultad y Michelle aspiró profundamente la marihuana hasta toserla, mantuvo el humo adentro por unos segundos y luego lo expulsó lentamente. Volvió a toser y le pregunté si estaba bien.

—¡Claro, tonto, es normal! Si tosés significa que te pegó.

—Vale, es mi turno.

Era mi primera vez. Tomé con la punta de los dedos el pitillo encendido, me lo puse entre los labios y aspiré como me dijo Michelle que lo hiciera. Luego de un par de segundos estaba casi vomitando. Michelle me golpeó la espalda para terminar de expulsar el humo.

—¡Arturo, sos un idiota! No es un *shot* de tequila, es un jalón de humo. Hacélo despacio o te vas a ahogar.

Michelle se moría de la risa y tenía los ojos rojos, igual que yo.

—Es tu primera calada, no te ha llegado. Seguí calando, esta vez más despacio.

Yo le obedecía. Iba tomando ritmo y ya no tosía tanto. Seguimos calando hasta que se acabó el primer pitillo, y el segundo pitillo en menos de media hora. Cuando íbamos por

el tercer pitillo habíamos entrado en trance. Nos quedamos recostados en un árbol enorme y yo empecé a sentir crisis de pánico.

—Michelle, creo que me vuelvo loco.

—¡No seas idiota, Arturo! Es el efecto.

—Michelle, ¿por qué todo pasa tan lento?

—Es el efecto.

—Me siento lento y retardado. ¿Por qué los pájaros vuelan tan lento de una rama a la otra?

Michelle empezó a reír mientras fumaba el tercer pitillo y tosía como asmática.

—Tomá, seguí fumando.

—Michelle, ya no quiero, esta mierda me dio dolor de cabeza.

—Lo que pasa es que es tu primera vez.

Nos quedamos en silencio por varios minutos, que parecían horas, y de repente empecé a sentir que tenía dos conciencias y que una iba más lenta que la otra, lo cual me generó horror.

—Michelle, no me siento bien, iré donde Santiago.

—¡Estás loco! ¡No te movás de aquí! ¡Sos un idiota!

—¿Segura?

—No te va a pasar nada, ¡idiota!

—¿Y si me quedo arriba?

—¿Arriba de qué?

—Arriba de los palos.

—Arturo, me estás haciendo toser de la risa. Cométe este chocolate.

—¿Cuál chocolate?

—Este chocolate negro.

—Está bien.

—Vas a ver lo divino que sabe con el efecto de la droga.

—A ver...

Comí un trozo de chocolate negro y sentí una explosión de azúcar y cacao en el cielo de mi boca. Realmente se potenciaba el sabor con la marihuana.

—Es una delicia...

—Ajá, ¿verdad? ¿No que estabas arriba de los palos?

Finalmente nos quedamos dormidos y al despertar eran las ocho de la noche. Estábamos rodeados por un concierto de chicharras, lechuzas y todo tipo de animales nocturnos. A lo lejos se miraban las luces prendidas de la capilla y la casona donde los estudiantes hacían sus ejercicios espirituales.

—¡Maldita sea! Tenemos que regresar. Si se dan cuenta nos expulsan del colegio.

Michelle se levantó con cierta dificultad, un poco mareada. Yo todavía me sentía indispuerto.

—¡Vamos, Arturo! Es hora de meternos en nuestros cuartos y dormir.

—¿Y la cena?

—No te preocupés por la cena, tengo unos sándwiches guardados en la mochila.

—Dame uno, tengo un hambre del demonio.

—¡Idiota, los tengo en mi cuarto! Vamos, la marihuana da hambre.

—¿No podemos ir al comedor con el resto del grupo? Siento que me estoy volviendo loco.

—Arturo, calmate y seguime. Vas a dormir y mañana se te pasa el efecto, te lo juro.

—Michelle, me siento mal...

—No volvemos a fumar, Arturo. Ya vi que no servís para esto.

## XIV

NO SÉ CÓMO pero cada quien amaneció al siguiente día en su respectivo cuarto, rodeado de su respectiva Biblia y de su respectiva mochila llena de ropa. El problema es que yo desperté con la cabeza embotada y un dolor punzante que me cruzaba todo el lóbulo frontal del cerebro. La campanilla sonó a las 6 de la mañana para que todos fueran a bañarse y luego a desayunar en el comedor comunal.

El agua en la Garnacha era súper fría. Caía en mi cuerpo como una lluvia de filosas navajas líquidas que me congelaron inmediatamente los huevos. No tardé mucho allí dentro. Luego me sequé con la toalla y me puse ropa gruesa para protegerme del frío. Finalmente, me encaramé un abrigo peludo y salí al comedor con el resto de púberes, intentando encontrar a Michelle. La vi desayunando huevos revueltos y se rio de mi aspecto. Yo tenía unas ojeras que parecían hamacas y la cara inflamada, los ojos enrojecidos y un dolor de cabeza que me impedía sonreír.

Después del desayuno fuimos a la misa de las 9 y la capilla se llenó de tiernas almas en busca de una identidad espiritual. Santiago impartió la misa y de su belleza saqué fuerzas para

seguir dentro de aquel sagrario sin desmayarme. Michelle tampoco andaba de buen humor y ambos soportamos aquel sermón sacramental con estoicismo ignaciano.

Cuando llegó el turno de comulgar, Michelle me preguntó si la acompañaría.

—No, gracias, no me gusta el canibalismo.

—¡Cuál canibalismo! Comulgar es el acto simbólico de comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre.

Michelle esbozó una sonrisa y luego me dijo:

—Arderás en el infierno.

Yo regresé a mi estado casi vegetativo mientras el resto de los estudiantes, incluyendo a Michelle, hacían su banquete con el cuerpo y la sangre de Jesús.

Luego de la Eucaristía nos dimos la paz y nos designaron otra lectura del Evangelio. Esta vez nos pidieron que extrajéramos un pasaje del Libro de la Sabiduría y lo relacionáramos con nuestra vida, para luego platicarlo en la terraza de la Garnacha, donde además celebraríamos canciones cristianas con un chico que al parecer trabajaba con los jesuitas desde que tenía conciencia. Vivía en Estelí y tenía una voz angelical.

Nos dieron la libertad de ir a los bosques a realizar nuestra lectura espiritual, pero no podíamos saltar los surcos que limitaban el perímetro del lugar asignado. Me senté a los pies de un árbol, solitario, abrí una página al azar y me encontré con esta fabulosa reflexión en la mitad de la Biblia de Jerusalén que mi madre me regaló 6 meses atrás.

#### *LIBRO DE LA SABIDURÍA*

*La muerte prematura del justo*

*Capítulo 4, versículo 7:15*

*El justo, aunque muera prematuramente, tendrá descanso,  
pues la ancianidad venerable no consiste en larga vida,  
ni se mide por los años.  
Que las canas del hombre son la prudencia y la edad avanzada,  
una vida intachable.  
Fue amado porque amaba a Dios;  
fue trasladado, porque vivía entre pecadores.  
Fue arrebatado para que la maldad no pervirtiera su inteligencia  
o el engaño sedujera su alma;  
pues la fascinación del mal ensombrece el bien y el frenesí del deseo  
pervierte al espíritu ingenuo.  
Madurando en poco tiempo, completó una larga vida, y como su alma  
era agradable al Señor, se apresuró a escapar de la maldad.  
La gente lo ve y no lo entiende;  
no les cabe esto en la cabeza: que la gracia y la misericordia están  
destinadas a sus elegidos, y su salvación, a sus santos.*

Una vez, Michelle me dijo que el demonio era bello y pensé que el diablo quiso apoderarse de Kurt Cobain a través de las drogas. La lectura de la Biblia me lo recordó. Curiosamente, Cobain tenía el aspecto sacrosanto del Cristo occidentalizado de pelo largo y rubio, ojos azules y barba medio crecida de los afiches católicos, uno de los cuales mi madre tenía en su cuarto. Cobain se sacrificó por todos nosotros, sus seguidores, aunque pueda sonar absurdo. Su cruz fue su propia voz. Se negó a ser visto como un divo de la farándula gringa, se negó a ser tomado como una superestrella del rock destinada a envejecer en una mansión vacía. En fin, Cobain fue alcanzado por la mano de Dios antes de que formara parte del asqueroso mundo de los adultos hipócritas en el cual vivimos.

Una vez Bob Dylan dijo que no se puede confiar en ninguna persona mayor de 30 años. Aquella frase me llegó al alma y la relacioné con lo que acababa de leer en la Biblia. Saqué mis

propias conclusiones. En primer lugar, me suicidaría antes de los 30. En segundo lugar, tendría sexo lo más que pudiera antes de suicidarme. No importa lo estúpido que pueda sonar, solo hay dos maneras de llegar a Dios: el sexo y la religión, lo demás es secundario.

Hice mis apuntes con base en la lectura y nuevamente sonó la campanilla que nos reuniría en la terraza de la Garnacha a las 11 de la mañana. El chico de voz prodigiosa que vivía en Estelí sacó su guitarra y el padre Silverio empezó a cantar con Santiago mientras nosotros seguíamos la siguiente letra en el coro:

*Escucha hermano la canción de la alegría  
el canto alegre del que espera  
un nuevo día  
ven canta sueña cantado  
vive soñando el nuevo sol  
en que los hombres  
volverán a ser hermanos...*

Era el famoso “Himno a la Alegría” de Miguel Ríos, inspirado en la Novena sinfonía de Beethoven. Los demás chicos del colegio siguieron el coro de la canción y todos simulamos estar metidos en la letra. Por lo menos, Michelle y yo estábamos fingiendo.

Cuando terminó la canción, el padre Silverio preguntó quién quería compartir su reflexión y leer un versículo de la Biblia. Michelle alzó la mano y procedió a leer sus apuntes. “Maldita hereje”, pensé, sonriendo. Yo tenía un dolor de cabeza terrible y no podía concentrarme mucho en las palabras de Michelle, solo sé que mencionó algo de la idolatría y la divinización de la naturaleza.

Me quedé dormido, pero nadie lo notó, ya que me encontraba al fondo del auditorio, en la última fila del grupo.

Quando desperté me di cuenta de que todos estaban almorzando en el inmenso comedor y Santiago estaba a mi lado. Me asusté y le pedí disculpas por haberme dormido durante la actividad de reflexiones compartidas. Santiago sonrió y me dijo que no me preocupara. Me preguntó cómo me sentía y le dije que se me había pasado un dolor de cabeza que me estaba martillando el cerebro desde temprano. Me preguntó por qué tenía los ojos rojos y le inventé que la lectura del Evangelio me había conmovido hasta las lágrimas. Luego me invitó al comedor con un gesto de cordialidad que solo las almas puras y castizas como la suya pueden tener. Me acompañó hasta el comedor y antes de dejarme con los demás, me dijo:

—Recuerda que soy tu amigo. Y puedes exteriorizarte conmigo cuando quieras. Come algo y recupérate.



## XV

LUEGO DEL ALMUERZO repartieron las cartas que nuestros familiares y amigos nos habían escrito para leerlas durante el retiro. Los jesuitas nos dijeron que podíamos leerlas en el bosque o en nuestros cuartos para tener más privacidad. Yo recibí solo dos cartas, una de mi madre y otra de Michelle. La carta de mi madre decía lo siguiente.

*Querido hijo:*

*Espero que estés disfrutando el retiro espiritual con tus compañeros de clase y tus maestros del colegio. Aprovecho esta oportunidad para disculparme porque no he sido la madre que vos hubieras querido. Por supuesto que te he dado amor, pero se me ha hecho difícil asimilar tus inclinaciones sexuales. Más de una vez te he visto jugando con Ricardo y nunca te he dicho nada porque respeto el proceso natural de tu florecimiento adolescente. Yo también pasé por la pubescencia y sé bien que a tu edad los cambios son muy acelerados y descubrimos cosas de un día para otro, que nos dejan perplejos. Si no he sabido hablar con vos acerca de tus amores o de tu precoz despertar sexual es porque siento que no tengo las herramientas para tocar temas que en mi familia han*

*sido tabú toda la vida. Yo sé que tu abuela no sabe tu condición, ya que no ha manifestado preocupación al respecto. Y quiero que sepas que no te considero ningún pervertido, ningún enfermo, ningún desviado tampoco. Creo que si tu abuela lo supiera podría sentirse, hasta cierto punto, decepcionada. No tan decepcionada como para dejarte de amar, pero lo suficientemente decepcionada como para que notés un cambio en su conducta. Sugiero que no compartás estas cosas con ella todavía. Tu abuela y tu madre somos las que te hemos educado dentro de una religión que castiga esos deseos y sería castrante para vos escuchar la opinión de tu abuela sobre este tema. Sin embargo, quiero decirte que, de este momento en adelante, podés contar conmigo para hablarme de todo lo que querrás en torno a tus inquietudes. Estoy dispuesta a escucharte, hijo mío. No tenés idea de lo difícil que ha sido para mí asimilarlo, pero creo que ya hice las paces con el Señor para hablar con vos abiertamente sobre este aspecto tan importante en tu vida. No quiero que dejemos de ser amigos, por el contrario, te invito a que me contés si tenés algún noviazgo, si estás enamorado o si en el colegio te has visto inseguro de compartir esto con tus compañeros. Disculpá a tu madre por haberse tardado tanto en decirte estas palabras necesarias. Sos único y te amo desde que eras una célula en mi vientre fecundo. Sabés muy bien cuánto te quiero y cómo hemos luchado tu abuela y yo para que no sintás que la ausencia de un padre fue una cruz que arrastraste en tu infancia.*

*Tu madre que te ama, Norma*

Con el corazón desbocado después de leer aquellas palabras, guardé la carta. Era como si mi madre hubiera salido del clóset, no yo. Mi madre, esa mujer reservada y conservadora que siempre tuvo paciencia conmigo, estaba doblegándose a la “condición” de su pobre hijo, asumiéndose responsable de mi bienestar como siempre lo había hecho, pero con la dificultad que le propinaba saber que yo era un mujercito.

A pesar de la ternura implícita en su carta, me hirió saber que “tuvo que hacer las paces con el Señor” para aceptarlo. También me dolió lo que dijo de mi abuela. ¿Cuándo sería el momento adecuado para confesarle mi homosexualidad? ¿Hasta cuándo tendría que esconderlo? ¿Hasta que mi madre reconociera “el momento indicado”?

Siempre tuve reservas en abrirme con mi abuela sobre este tema, pero la carta de mi madre sepultaba definitivamente la intención que yo tenía de compartirla mi vida emocional. De todas maneras, la verdad siempre sale a la luz, tarde o temprano: seguramente yo mismo se lo confesaría a mi abuela en su lecho de muerte.

La mención de Ricardo en la carta no me sorprendió: yo sabía que mi madre nos había visto tocándonos en mi casa más de una vez.



## XVI

### LA CARTA DE MICHELLE decía lo siguiente:

Querido Arturo:

*Te escribo con el corazón en la garganta porque Julia se regresa a Chile en un mes. Así es, su madre enfermó gravemente y al parecer le tocará cuidarla, ya que su hermano menor no tiene edad suficiente para hacerse cargo y su padre está muerto. Estoy destrozada, Arturo. ¿Quién sino Julia se hará cargo de una chica como yo, hipersensible al mundo que nos rodea? Ya sé que soy una fría que aparentemente lo ve todo con madurez y seguridad, pero en el fondo mis sentimientos son frágiles y si te digo que amo a Julia es porque no me imagino una vida sin ella. ¿Qué puedo hacer en un mes para retenerla, Arturo? ¿Qué hago? ¿Me voy con ella antes de la graduación? No puedo. Ella tampoco lo permitiría. Arrancarme de mi familia, llevarme donde la suya, que tampoco es el lugar más seguro. Si pudiera dormir desnuda sobre sus senos de luz para no despertar nunca más... Si pudiera meterme con ella en un cuarto cósmico y abstraerme definitivamente de la realidad que me mantiene atada a una madre drogadicta y a un padre semimuerto que a pesar de su estado vegetativo me dirige miradas enternecedoras*

*cuando le doy de comer en la cena. Arturo, no tenés idea de lo bien que me la paso con Julia. Con ella tuve mis primeras relaciones sexuales y lo disfruté como ninguna otra cosa en el mundo. Con ella he descubierto mi feminidad, mi negritud, mi identidad lésbica, la libertad espiritual de dormir a la par de un ser que me comprende y me ama pese a mis defectos y manías. Julia es mi primer amor y quiero que sea el único. No me interesa vivir si no es con ella, no me interesa, sino que se quede en mi casa los fines de semana para abrazarme mientras mi madre anda buscando un nuevo amante para superar su boluda existencia. Disculpá el dramatismo de mis palabras, Arturo, pero estoy tratando de controlar lo que siento y no puedo. Decidí contarte la noticia por medio de esta carta para evitar un patético ataque de llantos en tu presencia. Pese a que sos mi mejor amigo, creo que soy más elocuente por escrito.*

*Tu amiga de toda la vida, Michelle*

De la misma forma que Japón soportó dos bombas atómicas en un solo año, yo contuve dos cartas atómicas en mi interior durante aquel retiro que cambió mi vida para siempre. Mi madre y Michelle me pegaron con todo.

No supe cómo reaccionar, estaba estupefacto. Respiré hondo y me quedé ido con la mirada en el techo sin saber bien qué pensar.

Ahora entendía la necesidad de este retiro espiritual.

Definitivamente tenía que desahogarme con Dios para que me ayudara a sostenerme. Pensé en Santiago de nuevo, pensé en pedirle que habláramos. Solo sus palabras me llenarían del sosiego necesario para saber cómo lidiar con las tres mujeres de mi vida.

Ahora entendía, además, el comportamiento de Michelle en los últimos días. Luego de aquella charla con Julia en la Casa del Café no era la misma. Michelle era experta en disimular

sus sentimientos, lidiaba con situaciones extremas desde niña y era muy difícil creer que sufría tanto detrás de esa mirada llena de inteligencia.

Lo cierto es que Michelle, por muy cercana que fuera conmigo toda la secundaria, siempre fue un enigma palpitante. Camaleónica, impredecible, hasta cierto punto, incluso hermética. Podía estar emocionalmente destrozada y nadie lo notaba, era una actriz prodigiosa. Tenía una gran capacidad para desaparecer sin dejar rastro y luego estar con uno sin hacerse notar.

Después de leer su carta aprendí algo nuevo de ella. Michelle estaba conmovedoramente hipnotizada por una chilena de 25 años que había conocido en menos de un año. ¿Cómo es posible, en tan poco tiempo, establecer una relación tan intensa como la que describía Michelle en su breve carta? ¿Hasta dónde llega el amor?

Sonó la campanilla y la pregunta quedó flotando en el aire como un vapor de ausencias. Era tiempo de regresar a la terraza, al parecer íbamos a tener otro ejercicio espiritual y nos tocaría leer otra parte del Evangelio.

Mi cabeza era una nube cargada de agua.



## XVII

BUSQUÉ A MICHELLE en medio de los estudiantes que nos reencontramos luego de leer las cartas, pero no estaba.

Pensé que se había quedado dormida en su cuarto y no me pareció nada raro.

Decidí esperar a que saliera.

La maestra Cecilia fue la que dio las instrucciones esta vez, y realizamos una dinámica de grupo basada en el Evangelio, la cual pretendía invitarnos a la reflexión de otra manera. La actividad consistía en ir al bosque y traer algo, cualquier cosa, desde una piedra hasta una hoja, que considerásemos el vínculo más profundo con Dios.

Salimos a los bosques y al pie de un árbol me topé con un pajarillo muerto. Fue algo completamente inesperado. Sus patitas estaban tiasas, su plumaje estaba intacto y tenía los ojitos cerrados. Al parecer murió por el impacto contra algo, tal vez el mismo tronco donde yacía inflexiblemente.

No quise llevármelo porque siempre he sentido un profundo respeto por la muerte de los animales. Ellos también tienen su encuentro con Dios y es importante respetar el destino que compartimos con la fauna que nos rodea.

Sin embargo, el hecho de encontrármelo en el bosque justamente cuando íbamos tras un elemento de la naturaleza que nos conectara con Dios, me impresionó hondamente. ¿Será una señal de Dios? ¿Por qué me encontré con el cuerpo sin vida de este pequeño ser en medio de la grama de aquellos bosques infinitos?

¿Qué significado tenía esta casualidad para mí? ¿Era una casualidad? Nunca creí en las casualidades, así que arranqué delicadamente una de sus plumas y decidí llevármela para ponerla en comunión con el resto de los estudiantes.

Cuando entré al auditorio me encontré con Santiago, quien, al verme cabizbajo, me preguntó cómo estaba.

—Arturo, ¿encontraste algo en el bosque?

—Mire, padre Santiago, es la pluma de un pajarito muerto.

—Pobre animal, es una pluma hermosa.

—Para mí es una señal de Dios.

—¿Qué tipo de señal?

—No es casualidad que haya encontrado este pajarito muerto luego de leer una carta escrita por mi madre.

—Dios lo tiene todo previsto. ¿Cómo anda la relación con tu madre?

—Ella es muy atenta conmigo, no me puedo quejar de la madre que tengo.

—Me alegra escuchar eso. Las madres son los seres más ejemplares del mundo.

—No todas las madres son ejemplares, padre Santiago. Disculpe que se lo diga. Conozco madres desalmadas y padres maravillosos. No es mi caso, pero conozco otros.

—Es cierto. Tienes razón. No quise minimizar la importancia de los padres. Lo que quise decir es que cuesta más ser una madre ejemplar que un padre dedicado. Te lo digo porque vivimos en una sociedad patriarcal que muchas

veces deja de lado el sacrificio que es para una mujer traer un hijo al mundo.

—¿Sacrificio?

—Así es. Las madres dejan un pedazo de vida durante el parto.

—Claro, padre, pero...

—Dime Santiago. Somos amigos, Arturo.

—Está bien, Santiago, lo que quiero decirle es que las madres también gozan el hecho de traer un hijo al mundo. Mis referencias en esta vida son mujeres. Y ellas, mi madre y mi abuela, son las que me han transmitido la alegría de la concepción.

—No es muy común que los chicos de tu edad tengan una relación tan estrecha con su abuela. ¿Qué más te ha enseñado?

—Vivir entre mujeres ha sido un privilegio para mí. Mi abuela no es la típica viejita pastelera que se dedica a la jardinería y el bordado. Le encanta leer, vive pendiente de la política del país y transmite valores que normalmente asumen los hombres. Mi abuela es muy culta. Su único problema es la homofobia.

—Es una gran contradicción, ¿no te parece?

—Así es, Santiago. Esa es la parte que no comprendo de ella. Mi abuela piensa que la homosexualidad es una enfermedad.

—Vaya, qué difícil manera de ver las cosas. ¿Y qué hay de tu abuelo?

—Mi abuelo murió en la guerra. No tengo figuras paternas en mi formación.

—Entiendo... Pero eres un muchacho maduro y valiente para tus escasos 15 años.

—Para mí no son escasos, Santiago. Siento que he vivido una eternidad y sospecho que mi edad mental va mucho más allá de mi edad biológica.

—Tu sabiduría es alentadora, Arturo. Francamente no eres un muchacho común. Pero venga, levanta esa mirada y disfruta de tu juventud. No hay razón para deprimirse si el Señor está presente en tu vida. Sonríe, contempla, respira este bosque, estas montañas milenarias, este retiro del mundo ruidoso que hay en la ciudad.

—Me resulta difícil tener paz, tengo que serle honesto.

—Arturo, ese pajarito representa el Arturo anterior, la versión anterior de ti mismo que te impedía ver la vida con mayor lucidez. Hoy algo viejo murió en ti para que algo nuevo nazca en ti. Acéptalo con humildad y deja que Dios toque tu corazón.

—La vida es mucho más dura de lo que parece, pero sus palabras son sabias.

—No tiene caso que un muchacho tan inteligente y carismático como tú le ponga tanto drama a la existencia. No quiero decir que le restes importancia a tus problemas, solo trato de hacerte ver el lado bello de la vida.

—Entiendo su punto.

—El Señor no te trajo al planeta para que te martirices. Estamos aquí para alcanzar el equilibrio, la serenidad, la paz espiritual, la libertad, el amor.

—Disculpe, Santiago, ¿por qué le llamamos “Señor” a Dios? ¿Acaso Dios solo es hombre?

—Bueno, ni siquiera yo me había planteado esa interrogante. Quisiera darte una respuesta acertada, permíteme decirte las cosas adecuadamente. Pienso que Dios también es mujer. Dios es Amor y por lo tanto Dios no distingue género ni sexo. Dios también es María. Ella fue elegida entre todas las mujeres de la Tierra para que el Hijo de Dios saliera de su vientre con el nombre de Jesús de Nazaret. En el vientre de María nace la gracia, la gracia de nacer sin la

mancha del pecado, es decir, libre de toda enfermedad. Esto es importante para que podamos entender cómo es necesario nacer del vientre de María.

—Pero Cristo murió joven, tenía 33 años cuando lo crucificaron.

—Cuando Jesús apareció entre nosotros, los mortales, se cumplió la profecía del Antiguo Testamento y se completó la Divinidad Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Espíritu Santo. Cuando la Biblia afirma que Jesucristo es el “Señor” está diciendo que es el amo, el dueño de todo cuanto existe. Todo es suyo y además nadie se lo puede arrebatar. Él es quien ostenta todo el dominio y ejerce su autoridad de modo absoluto. Nadie hay por encima de Él. Su palabra no encuentra oposición y su poder es Vida, Esperanza y Verdad. Él es el Rey de reyes y Señor de señores.

—Entiendo, pero Jesús tampoco tuvo hijos.

—Claro, pero es el Hijo de Dios.

—¿Usted qué edad tiene?, Santiago.

—Tengo la misma edad de Cristo cuando fue crucificado.

—¿33 años?

—Así es.

—Dígame, Santiago, ¿los homosexuales también van al cielo? ¿Los homosexuales también resucitan?

—Por supuesto, Arturo —Santiago tomó un largo aliento—. También los homosexuales tienen un lugar reservado en el Reino de los Cielos. Todos, sin distinción de nacionalidad, color de piel o inclinación sexual somos bienvenidos para el Señor, siempre y cuando lo aceptemos con el corazón.

—¿Y por qué la Iglesia condena a los homosexuales? ¿Por qué los homosexuales son vistos como enfermos?

—Arturo, la Iglesia es una institución muy antigua, y por ser muy antigua conserva ciertas ideas obsoletas que hasta

cierto punto debemos aprender a ver de manera crítica. También es importante considerar que, si la palabra de Dios está en la Biblia, ¿te imaginas por cuántas traducciones ha pasado la palabra de Dios desde que fue originalmente escrita? Ahora bien, algunos exégetas, hermeneutas e intérpretes de la Biblia han manipulado dicha palabra. En la epístola a los romanos, Pablo de Tarso menciona que los hombres que se acuestan con hombres no heredarán el reino de Dios. Estas palabras son fuertes, pero han pasado por muchos traductores, y aunque puede que la esencia del mensaje de San Pablo no cambie con las traducciones, por muy numerosas que estas sean, es necesario discutirlo. Pablo de Tarso, apóstol, evangelizador y redactor de algunos de los primeros escritos canónicos cristianos, era un ser humano y podía equivocarse. Recordemos que Jesús nunca manifestó su voz contra los homosexuales. La homosexualidad es natural en casi todos los seres vivos, desde los primates hasta los parásitos intestinales, con la diferencia de que solamente los seres humanos la reprimimos, la castigamos y la cuestionamos. Es importante mantener una mente abierta y conciliar que el afecto y las relaciones sexuales son muy complejas.

En ese momento los estudiantes empezaron a llenar el auditorio como si fuera una manada de mansas ovejas.

—Pero dejemos el tema para más adelante, Arturo. ¿Te parece? Están regresando los estudiantes y es hora de poner en comunión lo que han traído de los bosques.

—Está bien, Santiago, me quedo con su palabra.

—Te prometo que seguiremos conversando en otra oportunidad. Anda, levanta esa mirada.

## XVIII

LUEGO DE LA ACTIVIDAD en torno a los elementos de la naturaleza que buscaríamos para establecer un diálogo con Dios, donde la mayoría de los estudiantes se tomaron de manera ligera el ejercicio, el padre Silverio terminó dando un sermón a manera de regaño sobre la seriedad de aquel retiro y la necesidad que había de tomar con mayor rigor nuestro discernimiento.

Pese al exabrupto de la comunidad estudiantil, hicimos la lectura del Evangelio con base en el Libro de Isaías. Más tarde llegó la hora de la cena y en el comedor me encontré con Michelle.

La noté normal, como siempre, con esa capa de incertidumbre que cubre lo que hay detrás de ella todo el tiempo. Le dije que había leído su carta y reaccionó afectada. Me pidió que habláramos en las afueras de la terraza, pero le dije que antes sería bueno pedirle permiso al padre Silverio para evitar otro regaño. Michelle aceptó. Pedimos permiso y nos dejaron salir a platicar.

Michelle estaba callada y tuve que romper el hielo de sus ojos fríos.

- Michelle, entiendo lo que sentís.
- Arturo, no es mi madre, no es mi padre, no es mi hermano, es Julia.
- Es Julia, pero dejará de serlo.
- No digás eso.
- Tengo que decirte las cosas como son.
- No puedo dejarla ir.
- La acabás de conocer, Michelle, sé realista.
- ¿Desde cuándo importa el tiempo que tenga de conocerla? Uno se puede enamorar de un día para otro.
- Nadie se enamora de un día para otro, el amor se construye.
- ¿Y desde cuando sos experto en este tema?
- Está bien, ¿qué vas a hacer, entonces?
- Pienso irme con ella.
- Me dijiste en la carta que ella no te lo permitiría.
- Igual me iré con ella.
- ¿Cómo?
- Sin ella todo se va a la mierda.
- ¿A qué te referís?
- Soy capaz de hacer una locura.
- Michelle, no digás tonterías. Sos la persona más inteligente que conozco.
- ¿Más que Ricardo?
- Ricardo puede tener el coeficiente intelectual de Einstein, pero si no sabe valorar la amistad es un imbécil.
- Estoy leyendo *El mito de Sísifo*.
- ¿De Camus?
- Sí.
- ¿Sabés cómo empieza el libro?
- El único problema filosófico verdaderamente importante es el suicidio...

—Exactamente.

—Esa afirmación es absurda.

—Camus es el padre del absurdo.

—Está equivocado. ¿Has leído a Schopenhauer?

—¿Qué tienen que ver los alemanes con Julia?

—No sé, vos empezaste a hablar del suicidio y de Camus y de Sísifo, etcétera.

—Sí, el suicidio...

—Michelle, el único problema filosófico verdaderamente irrelevante es el suicidio. Yo he tenido esa idea en la cabeza desde los 13 años y me he dado cuenta de que no es un problema filosófico, es un sentimiento de angustia que oprime el pecho y crea en mí la ilusión de anhelar la muerte. El suicida no hace filosofía entre la idea y el acto. El suicida responde a un estímulo, a un impulso, a un comportamiento ansioso y desequilibrado que lo empuja al vacío. Nunca es un acto razonado, no nos engañemos. Pese a que uno pueda planear la forma en que desea morir, en realidad el suicida no desea morir. El suicidio, como bien decía Schopenhauer, es una afirmación del deseo de vivir a través de la imposibilidad de concretar ese deseo. Lo que existe es una lucha diaria contra una vida miserable que el suicida afirma con su voluntad de existir y superarla, ¿me explico?

—¿Estás refutando el existencialismo?

—Estoy refutando las pendejadas que nos encontramos en algunos libros. ¿Sabes por qué me gusta tanto Proust?

—Porque era un gay reprimido, igual que vos.

—Me gusta porque era un vitalista, un rebelde, un crítico de su entorno.

—Vaya, vaya, Arturo... ¿Y desde cuándo pensás de manera tan equilibrada?

—Este retiro ha sido una revelación para mí. Hoy estuve platicando con Santiago y me iluminó en muchos sentidos. Me he rendido ante la idea de un amor platónico. Estoy aceptando la imposibilidad de tener un romance con Santiago. Nunca va a pasar. Sería estúpido seguir deprimido a partir de esa idea. Prefiero ser su amigo. Me he dado cuenta de que también lo puedo amar como amigo, y encuentro en él una figura paternal.

—¿Después de querértelo coger durante todo el quinto año del colegio? Francamente me sorprende.

—Así es, Michelle. A mí también me sorprende madurar tan rápido.

—Bueno, yo no me imagino una vida sin Julia.

—¿Y Julia se imagina una vida sin vos?

—No sé. No se lo he preguntado.

—¿Y qué pensás que te respondería?

—Supongo que tampoco se imagina una vida sin mí.

—¿Lo suponés? ¿No estás segura, entonces?

—No sé, Arturo, no la tengo al lado para preguntarle.

—Por eso decidiste venir al retiro, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Para reflexionar tu decisión sobre Julia.

—Julia no es una decisión, es una mujer que merezco, es un amor que siempre soñé, por muy cursi que pueda sonar lo que estoy diciendo.

—Te sigo escuchando, Michelle.

—Julia es la chavala más sensible que conozco. No es una decisión, es una necesidad. Y no me importa si tengo apenas seis meses de haberla conocido. En ese tiempo alguien te puede demostrar más amor del que te ha demostrado una madre en toda la vida.

—No sé, Michelle...

—¿Qué cosa?

—No sé qué decirte.

—Yo tampoco sé qué hacer.

—Si Julia se va, tenés que quedarte.

—¿Por qué?

—Porque ella no te va a mantener en Chile. Su madre está enferma, su padre no existe y su hermano es un niño. Además, estás demasiado joven para hacer una locura de ese tamaño.

—Puedo intentarlo.

—¿Vas a dejar la beca que tenés en el colegio? ¿Vas a desperdiciar tu vida?

—Irme con Julia no sería un desperdicio.

—¿Ella te va a pagar un colegio allá en Chile?

—¿Desde cuándo el colegio es tan importante?

—¿Cómo?

—No quiero que se vaya, ¿entendés?

—Michelle, tenés 15 años. Julia no será el único amor de tu vida. No podés irte y dejar a tu madre sola con tu padre. Yo sé que tu madre tiene serios problemas, pero ¿no son más serios los problemas de tu padre como para dejarlo solo a él?

—No quiero saber nada de ellos. Por su culpa no tuve una infancia normal, por culpa de mis padres soy una vieja decrepita de 15 años.

—¿Y quién tiene infancias normales, Michelle? ¿Por qué creés que estamos aquí, con 60 estudiantes, retirados del mundo? Es tan ambiguo decir “infancia normal”, que francamente no lo entiendo. Creo que ni siquiera existe tal cosa.

—Por culpa de mis padres me cuesta tanto decir lo que siento, incluso con vos.

—Y gracias a tus padres estás aquí, hablando conmigo, becada en un colegio jesuita con notas sobresalientes, en un retiro espiritual que te permite concentrarte en tu relación con Dios.

—Qué importa si el colegio es jesuita o teresiano, la mierda es la misma.

—¿Vas a dejar todo lo que has logrado por una relación cuyo futuro es incierto?

Michelle guardó silencio y empezó a llorar. La abracé. No le dije nada, solo la abracé y le sobé la cabeza. Era como tener un oso de peluche deshilachado entre mis manos.

## XIX

LA NOCHE ESTABA SILENTE, alta y serena. Busqué mis pastillas para dormir y me di cuenta de que el frasco de rivotril estaba vacío. ¿Dónde puse el otro frasquito? Lo busqué como loco y no lo encontré en mi mochila. Mierda, pensé, no voy a dormir... Cerré los ojos y me hundí en la cama, pero ni siquiera pude alcanzar la fase MOR del sueño.

Tuve ensoñaciones, excitación sexual y parpadeos. A la mañana siguiente me levanté descompuesto y ansioso, como si no hubiera dormido nada en la noche. Sentí la frente abultada, pero tenía que hacer maletas después del desayuno porque nos regresábamos a Managua ese mismo domingo.

A las 10 de la mañana nos convocaron a todos a la misa de despedida y yo me topé de nuevo con el lienzo de Cristo semidesnudo en uno de los costados de la capilla.

Mis ideas amorales regresaron. Me sentí culpable otra vez y tuve una crisis de pánico. Michelle estaba al lado mío. Lo notó de inmediato y me preguntó si estaba bien.

—Necesito mis pastillas.

—Anda por ellas.

—¿Qué pasa si el padre Silverio me ve salir despavorido?

—No te preocupés, yo le explico que no te sentías bien.

—¿Qué pasa si me mira Santiago?

—Santiago está dando la misa, no te va a decir nada.

—¿Y la maestra Cecilia?

—Yo le digo que andas enfermo.

—¿Y el maestro Iván?

—Arturo, deja de preguntar y anda por tus pastillas. El maestro Iván vino al retiro, pero es como si no existiera, se la ha pasado fumando en los bosques y ni siquiera cantó en el coro.

—Okey, Michelle, voy por mis pastillas.

Salí de la capilla. Algunos me notaron exaltado. No me importó y fui por mi medicación. Abrí la puerta de mi cuarto, busqué de nuevo el frasco y me di cuenta de que definitivamente ya no tenía más rivotril.

—No están, no están... No las traje... ¡Maldita sea! ¡Olvidé meter suficientes pastillas!

Estaba aterrorizado, tenía náuseas y me temblaban las manos como un enfermo con Parkinson.

—No, no me voy a morir. No me voy a volver loco. Solo es una crisis de pánico. Solo tengo que regresar a Managua y tomar mis pastillas.

Me dieron ganas de llorar. Me arrinconé en mi habitación y tomé el crucifijo de metal que me regaló mi madre. Lo apreté. Dios mío, Dios Santo, qué hago. Estaba engarrotado, estreñado, llorando de angustia. Era como sufrir una descarga eléctrica que mecía todo mi sistema nervioso. Pasaron minutos que parecían horas y no podía soltar mis manos de aquel crucifijo. Dios mío, soy un pecador, no merezco tu misericordia, Dios mío. Empecé a rasguñar mis brazos con el crucifijo hasta herirme con el filo del metal. El crucifijo era fino y yo quería rasguñarme la piel para controlar el vértigo a través del dolor.

En ese momento alguien golpeó la puerta.

—Arturo, ¿estás bien?

Era Michelle.

—Arturo, voy a entrar.

No dije nada.

Michelle entró y me vio soterrado en el rincón del cuarto, sangrando, con el crucifijo en las manos, llorando en medio de una sensación de infarto.

Eso es un verdadero ataque de pánico: muerte inminente, estrés máximo, ardor en la cabeza, palpitaciones, temblores en el cuerpo, sudoración, lo más parecido a un infarto.

—Arturo, tranquilo, no pasa nada, es una crisis de pánico, ¿y tus pastillas?

—No las traje, Michelle, las olvidé, las dejé en Managua.

—Arturo, ¿qué te hiciste en los brazos? Ayúdame a levantarte.

—No quiero salir, Michelle, tengo miedo, me duele la cabeza.

—Arturo, ayúdame a levantarte, solo es una crisis de ansiedad. Ya nos vamos de la Garnacha, la misa está por terminar.

—Quiero hablar con Santiago, Michelle, quiero confesarle que soy un homosexual que se masturba viendo la imagen de Cristo.

—Arturo, Santiago está dando misa, si quieres hablamos con él apenas termine de dar la misa. No puede verte así, pensará que tenés algo grave.

—No, Michelle, no puedo...

—¿Te heriste con el crucifijo?

Michelle me lo arrebató.

—Michelle, no dormí bien, no sé qué pasa, necesito mis pastillas.

—Es lo mismo de siempre, Arturo, una crisis de pánico, nada grave.

—Michelle, necesito hablar con Santiago.

—Esperáme aquí. Voy a buscar al padre Silverio.

—No, Michelle, necesito a Santiago. Soy un degenerado, necesito su bendición.

## XX

MICHELLE REGRESÓ CON EL PADRE SILVERIO, quien traía un té de manzanilla para calmar los nervios y un paño tibio para ponerlo en mi cabeza. Yo estaba agotado, ya no lloraba, pero tenía pánico. UN MIEDO IRRACIONAL A LO QUE SEA. Me acostaron en la cama. Michelle me puso alcohol en las líneas de sangre y yo suspiré por el ardor de aquella sustancia.

El padre Silverio me preguntó qué sentía.

—Es una crisis de pánico —dijo Michelle—. Arturo tiene un trastorno de ansiedad, es bipolar.

—A ver, Arturo, decíme qué sentís —preguntó el padre Silverio.

—Necesito hablar con el padre Santiago.

—Muy bien, lo llamaremos, la misa ya terminó.

—Por favor, Michelle, buscá al padre Santiago, pero que nadie se dé cuenta que Arturo no está bien, no quiero que piensen que pasa algo grave.

—Está bien, padre Silverio, iré a buscarlo —dijo Michelle.

El padre Silverio me limpió las heridas con el paño tibio y me dijo que tomara un poco de té de manzanilla.

—Vamos, Arturo, no es nada grave.

A los pocos minutos Santiago llegó con Michelle y me preguntó qué sentía.

—Santiago, necesito hablar con usted, pero a solas.

—Está bien, Arturo, pero no podemos extendernos mucho, recuerda que ya todos los muchachos empacaron sus cosas y los buses del colegio vienen por nosotros.

—Vamos, Michelle —dijo el padre Silverio—, dejémoslos a solas.

Salieron.

Santiago sacó dos pastillas de una caja que decía *Tafil*.

—Toma, Arturo, son para los nervios. Siempre las ando cargando por cualquier emergencia.

Santiago me pasó el té de manzanilla y luego me tomé las pastillas.

—Vamos a ver, Arturo, dime qué sientes, qué te inquieta tanto.

—Santiago, siento que el demonio vive dentro de mí. Tengo ideas suicidas.

—Tranquilo, Arturo, respira hondo. Todos tenemos demonios, pero Dios es más grande que el diablo, mucho más poderoso. ¿Trajiste tu Biblia?

—Está en mi mochila.

—Vamos a leer un salmo en voz baja, ¿te parece?

—Santiago, tengo que confesarle algo —hice una pausa, me armé de valor y él dijo que me desahogara sin ningún temor—. Me he masturbado ante la imagen de Cristo. Soy homosexual —confesé—.

Santiago hizo un paréntesis reflexivo y luego dijo lo siguiente.

—Arturo, en una de nuestras conversaciones te dije que la Iglesia, institución regida por hombres, se ha equivocado con los homosexuales. Si tú has descubierto que tus

inclinaciones sexuales son esas, no hay razón para sentirte endemoniado. Has tomado esa orientación sexual y punto. No eres un enfermo. No hay que martirizarse. Lo importante es que vivas tu plenitud hormonal de forma sana y responsable. Si te gustan los chicos es porque Dios te hizo así. No es una cruz, no es un castigo, no es una mutación genética, es la manera en que Dios te hizo, y así como eres, Dios te ama, no hay razón para flagelarse.

Se me salieron las lágrimas como un manantial de fe.

Le besé las manos a Santiago y sentí una paz que nunca había sentido en mi vida.

Me sentí habitado por el Espíritu Santo.

Luego de sus palabras respiré hondo. No podía creer lo que escuchaba.

—Gracias, Santiago. Tenía mucho miedo de confesarle esto.

—No tengas temor, Arturo, no pasa nada. Ahora bien, la masturbación sobre la imagen de Cristo me parece una especie de morbo, ¿no? Creo que hay otras formas de llegar al placer íntimo que no sea usando la imagen del Señor. De lo contrario caeríamos en una falta de respeto, ¿no te parece?

—Así es, Santiago. Por eso quería confesarme con usted.

—Está bien, lo importante es que eres consciente de tus acciones y Dios es misericordioso. Por lo tanto, si haces una oración sincera y profunda, el Señor te escuchará. No es un pecado masturbarse, pero es incorrecto usar la imagen de Cristo para hacerlo.

—Santiago, no tiene idea de lo aliviado que me siento luego de escuchar sus palabras.

—Me alegra saber eso, Arturo. Puedes acudir a mí cuando quieras, ya sabes que somos amigos.

—Usted es la persona más noble que he conocido en mi vida, en serio, no tengo palabras para expresar todo el agradecimiento que siento por usted en este momento.

—Para eso estoy, Arturo. Para ayudarte en lo que me sea posible.

—Gracias.

—Ahora, levántate y anda. Como le dijo Jesús a Lázaro. Termina de empacar tus cosas para regresar a Managua. Tus compañeros te esperan.

## XXI

LUEGO DEL RETIRO ESPIRITUAL Michelle y Julia se despidieron en lo que sería su última cita.

Primero tuvieron un encuentro romántico en un restaurante que se llamaba Laya, donde vendían comida *gourmet* y platillos chilenos a precios asequibles. Después de la cena fueron al apartamento de Julia, donde se desvistieron frente al póster que tenía la chilena en la pared de su cuarto, un tríptico de *El jardín de las delicias*, pintado por el Bosco.

Una vez acostadas en la cama empezaron a besarse de manera insólita mientras se fundían en un abrazo necesario. Los labios de Julia eran suaves y tibios. Michelle se los chupaba mientras le acariciaba los muslos con movimientos ondulantes. Julia le sobaba los senos a Michelle, haciendo círculos con las manos y apretándolos cadenciosamente mientras Michelle recorría las piernas abiertas de Julia para luego regresar a la suavidad de sus labios vaginales.

Poco a poco entraron en una deliciosa crisis de amor y empezaron a dar vueltas entre las sábanas como dos algodones soplados por el viento. Julia rodó por encima de Michelle y empezó a besarle los pechos con un tacto increíble. Michelle

empezó a gemir dulcemente mientras la chilena bajaba por su vientre hasta llegar al sexo desnudo y acariciarlo con sus labios mojados. Michelle puso sus manos nerviosas sobre la cabeza despeinada de Julia, mientras la chilena movía su lengua como una mano agitada en las profundidades del amor.

De repente, estimulada por una tropelía hormonal, Julia incorporó su sexo humedecido sobre las zonas empapadas de Michelle hasta que ambas empezaron a rozarse mutuamente para lograr mayor lubricación sexual.

Michelle deliraba de la excitación mientras Julia recorría todo su cuerpo como la sombra de un pájaro que se mueve sobre una superficie viva. Michelle se agitó con mayor intensidad y cambió de posición mientras Julia la seguía en medio de una secuencia erótica de suspiros interminables. Michelle estaba tan crispada que empezó a morder a Julia sin hacerle daño, tocándola y trastocándola en medio de caricias y arrumacos atraídos como imanes de melancolía. Julia apretó la carne blanda de Michelle y metió lentamente sus dedos largos provocando una doble crisis sexual en Michelle, quien no paraba de gemir intensamente...

Así pasaron las horas y tuvieron múltiples orgasmos que duraron hasta el amanecer.

A la mañana siguiente parecían dos recién nacidas cuyos alientos se mezclaban a través de un aire suave de pausados giros. Había un olor a sexo en el cuarto y las dos no querían salir de la cama. Los rayos solares entraron levemente por la ventana, cuyas cortinas se mecían con sinuosidad y cadencia infinita. Michelle acarició con ternura el pelo liso de Julia, hasta que se animó a romper el silencio después de una noche para el recuerdo.

—¿Qué voy a hacer cuando ya no estés aquí?

—Michelle, sabes que te amo.

—Decíme, Julia, ¿qué haré?

—No sabemos.

—Deberíamos fijar una fecha para volvernos a ver.

—Si pudiera hacerlo, lo haría, la dura.

—¿Por qué no podés?

—Porque no sé si voy a regresar, Michelle. No sé ni siquiera cuál es el escenario que voy a encontrar cuando aterrice en Chile.

—¿Por qué no nos vamos juntas?

—Mi madre está enferma, mi hermano es un cabro y yo no tengo luca suficiente, entiéndelo, Michelle.

—¿Vas a poder vivir sin mí?

—Yapo, Michelle, no me hagái esto.

—¿Hacerte qué, Julia?

—Este interrogatorio.

—Arruinarás mi vida, y lo sabés.

—Michelle, tú no eres del tamaño de esa cursilería.

—Te lo digo en serio.

—Te hablo como weóna y nunca me escuchái.

—Sos una fría, ¿sabías?

—¿Qué?

—No puedo creer que después de la noche que tuvimos me digás estas cosas.

—No es frialdad, ¿cómo chucha quieres que te lo explique?

—No digás nada si de todas formas te vas.

—Michelle —Julia intentó besarla, Michelle apartó el rostro—. ¿No cachái que yo no puedo hacer magia? Hay cosas que no podemos cambiar...

—¿No podemos?

—No veo cómo.

—Entonces, ¿para qué me trajiste? ¿Para una cogida final?

—Michelle, estái diciendo weás. Tengo algo patí.

Julia sacó un sobre de la gaveta de su mesa de noche.

—Toma, es patí.

—¿Qué cosa?

—Yapo, ábrelo y deja de preguntar weás.

Michelle abrió el sobre y sacó un papel. Era un poema escrito por Julia, dedicado a ella. Empezó a leerlo mientras Julia hacía círculos con el dedo índice sobre los pechos tibios de Michelle.

El poema hablaba sobre las noches en Managua, los besos acústicos, las estaciones del año, los ojos ambarinos de Michelle, una metáfora de la fraternidad y el espíritu cósmico del amor que las unía sin saber exactamente cuándo empezó aquel romance. Cuando terminó de leerlo, profundamente conmovida y con una sonrisa de ternura, Michelle dijo:

—Es lindo.

—¿La dura? ¿Te gustó?

—Me encantó. ¿Desde cuándo escribís?

—Desde que tengo polola.

—No seas ridícula —dijo Michelle, dándole un almohadazo en la cara—. Decímelo en serio.

—Escribo desde cabra, mi amor. Tal vez desde que tengo tu edad.

—Escribís lindo. Te amo. ¿Sabías?

## XXII

AMBAS MANTUVIERON UNA RELACIÓN a distancia hasta que la chilena ganó el Premio Casa de América de Poesía Americana, uno de los galardones más prestigiosos de poesía en España. El premio estaba dotado con 5 mil euros y la publicación de la obra ganadora en la editorial Visor.

Luego de que Julia recibiera su premio en Madrid, donde fue acosada por la prensa del espectáculo que descubrió en ella una fresca revelación lésbica que empezó su carrera literaria publicando poesía en revistas impresas que nadie leía, la chica regresó a Santiago y le compró un boleto de avión a Michelle para que se fueran a vivir juntas a la capital del país mapuche.

Michelle y yo nos mantuvimos en contacto a través del correo electrónico y la mensajería instantánea mientras tomábamos rumbos distintos luego de graduarnos del Colegio Centroamérica.

Poco a poco la relación se enfrió por la distancia y me resigné a vivir sin la presencia física de mi mejor amiga. A pesar de la lejanía, Michelle seguía siendo crucial en mi vida y yo en la suya. De alguna manera, la tecnología permitió que la separación no fuera tan dramática.

Años más tarde me di cuenta del grave efecto que tuvieron las redes sociales en Michelle, quien salió de su clóset para luego subir selfis que despertaban un morbo inédito entre sus contactos de Instagram por su nivel de exhibicionismo pornográfico. Le advertí que tuviera cuidado, que su privacidad era importante, pero Michelle se limitó a decirme que en el siglo XXI la privacidad era un mito.

Descubrí que algo había cambiado en ella con los años. No solo era su actitud, cada vez más rebelde, sino también su pensamiento. Michelle era otra versión de sí misma, siempre inquietante y temeraria, pero más libre y honesta. De un momento a otro volcó toda su intimidad en las redes sociales como quien se pega un tiro y sobrevive al suicidio: Michelle era una chica en llamas, enamorada de una chilena brillante que estimulaba sus excesos.

La pareja era feliz o por lo menos Michelle me decía en sus chats que irse con Julia hasta lo más hondo de la columna vertebral de Suramérica fue la mejor decisión de su vida, luego de una adolescencia complicada en el Colegio Centroamérica.

Julia, por su parte, gozaba de su estrellato en el morboso mundo del prestigio editorial, que la buscaba para sacarle filosas entrevistas. Controversial, polémica y provocadora como su trágico gurú, Roberto Bolaño, Julia vendía titulares contra sus colegas de letras, tildándolas de “vaquitas sagradas que no se atrevían a escribir sonetos contra el fascismo gringo” y “jóvenes presumidas del nuevo *boom* latinoamericano” que no trascendían ese “molde fácil de la frase corta-pulso de los muros de Facebook”.

De alguna manera, Julia era parte del fenómeno cultural que criticaba, pero su irreverente acidez era auténtica y valiente, lo cual les daba cierta credibilidad a sus comentarios en las redes sociales y las entrevistas que brindaba todo

el tiempo. De repente Julia estaba en la cima del podio hispanoamericano de voces literarias emergentes y su palmarés fue creciendo como la espuma luego de ser reconocida en España.

Tras el Casa de América vino el Premio Adonáis de Poesía, luego el Premio Loewe a la Creación Joven, poco después el Premio Ciudad de Melilla, y finalmente el Premio Altazor de Poesía en Chile, lo cual mejoró cuantiosamente su situación económica en menos de 3 años.

Frente a los elogios excesivos que pusieron a Julia en el radar internacional, Michelle consideró que sería pertinente la opinión de una tercera persona sobre su obra y le propuso a Julia que me mostrase su producción.

Michelle no quería la opinión de cualquier tercera persona (jurado incluido, desde luego), sino de alguien que estuviera completamente alejado de los focos y las alfombras rojas en los eventos de poesía. En consecuencia, le sugirió a Julia que me mostrara sus poemas antes de firmar un contrato masivo con importantes editoriales de Chile, España, México y Colombia.

La chilena aceptó.

Cuando Julia se contactó conmigo le dije que no necesitaba mi opinión para firmar aquellos documentos. El criterio de los jurados que la habían premiado valía su peso en oro. Yo tampoco era experto en poesía, así que me negué. Sin embargo, Julia adujo que no estaba de más conocer el criterio holístico de un “genio espiritual”, según Michelle, cuyo juicio descontaminado purificaría la valoración ejercida por los tribunales literarios sobre su obra.

Finalmente acepté el reto de leer a Julia con ojos críticos y objetivos. Cuando abrí mi bandeja de correo electrónico descubrí un PDF con una serie de cartas dirigidas a Sor Juana

que me deslumbraron sin dificultad. Se trataba de una especie de arrebató místico, donde Julia se hacía pasar por María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, el amor platónico de la monja jerónima, para luego confesarle su fracaso existencial desde la visión feminista del siglo XXI.

Pronto entendí por qué Michelle se enamoró de Julia. En realidad, ambas se parecían mucho. La carta que más me impactó fue la siguiente, donde, en vez de leer a Julia, sentí que estaba leyendo a Michelle.

*Ciudad de México, siglo XXI*

*Amada Inés:*

*Tú sabes que es difícil ser yo:  
separarme de la realidad  
sin volverme loca;  
ser la cosa que siente,  
esa piedra incapaz de moverse,  
la sombra que se hunde en tu mente.  
Huyo, no sé de qué, pero huyo...  
Son los murmullos en mi blando interior.  
La niña llorona. La adolescente bulímica.  
Los fatales pensamientos.  
Las pastillas blancas y la tribulación.  
La chica fracasada por su rara condición.  
La indecisión, la premura, la cobardía,  
todo eso soy. La depresión...  
El ser que se esconde a gritos,  
la villana sentada en su propia derrota,  
la muda invencible que no habla por miedo  
y cuando habla se arrepiente de su propia boca.  
Pobre de mí, nací errada, como cualquier accidente.*

*Me doy lástima y no me perdono tanta contradicción.  
No tengo amigas, ¿las necesito?, mejor dicho, si las tuviera,  
¿me necesitarían? No me perdono ese fatalismo.  
Estoy esperando que vengan a matarme,  
pero no valgo lo suficiente  
como para que vengan a matarme.  
He nacido sentada en el dolor,  
de pie sobre la angustia,  
sin causa ni consecuencia justa.  
No soy capaz de comprometerme.  
No tengo las agallas  
para levantar ninguna bandera  
y me voy apagando cuando alzo la voz.  
Huyo de mí misma, soy un lugar común.  
Fatales escenas asaltan mis sueños.  
Constantes pesadillas abarcan mi realidad.  
Solitaria, abúlica, inefable,  
estoy hecha para un silencio sin paz.  
Debería estar muerta,  
pero incluso en el suicidio soy indecisa.  
No encuentro el momento justo,  
no sé cuál es el lugar ideal,  
desconozco un método eficaz,  
lo suficientemente eficaz  
como para que mi cobardía no me detenga.  
Cultivada para las artes, me he convertido en un adorno,  
en la autora de mi propia tragedia singular.  
Estar sin ser y ser sin estar es mi estado normal.  
Cultivada para el arte y sus naderías,  
dotada de una imaginación extraordinaria,  
con una sensibilidad que toca los límites de la cursilería,  
fui creada con desesperación animal.  
Tan solo dormida, descanso. Me hiere la luz del día.  
Me arde el canto del pájaro todas las madrugadas.*

*El despertar me mata lo mismo que a Virginia Woolf.  
Hecha de teorías brillantes, me desvelo  
escribiendo tratados enormes para el aburrimiento.  
Soy excelente oradora para las paredes.  
Me hundo en el cieno de mis propias piernas.  
Ni siquiera el amor. Genuflexión.  
Ni siquiera estoy hecha para el amor.  
Carezco de criterio y cuando nuestro criterio  
mi existencia se torna difusa,  
nada pretendo y en todo me hago nadie.  
Carezco de concentración porque vivo sin fe,  
sumida en una laguna mental, en un estanque de tos.  
Ojalá fuera decadente en términos artísticos,  
pero en realidad tengo el corazón frágil  
de tanto llorar sin motivos reales.  
Si leer esto le resulta bello a alguien,  
entonces mi fracaso es rotundo...  
En otras palabras, amada Inés:  
tú sabes que es difícil ser yo.*

*Siempre tuya,  
Lysi*

## XXIII

LOS POEMAS DE JULIA mostraban una gran capacidad para encorsetar un discurso que mecía la conciencia de cualquiera. Su talento poético era inobjetable y se percibía fresca en toda su obra.

No en vano Michelle había cambiado tanto desde que aterrizó en Santiago de Chile, donde su valiente metamorfosis la convirtió en una chica mucho más segura de sí misma.

Julia era sumamente autobiográfica en sus cartas de amor a Sor Juana, lo cual ponía de relieve su honestidad brutal. Todas las misivas enviadas desde Ciudad de México realmente parecían escritas por una mexicana según el tono y el vocabulario empleado en los versos de la chilena, lo cual subrayé en las observaciones que luego le envié por correo electrónico.

Concluí que la factura de sus poemas no era para sentirse insegura de los galardones obtenidos, de tal manera que mostré mi entusiasmo por su futura publicación y destacué el último poema del conjunto que había merecido el Premio Altazor de Poesía en Chile.

*Ciudad de México, siglo XXI*

*Amada Inés:*

*Las luchadoras somos las indolentes,  
las raras, las insufribles,  
las que no ganamos premios literarios  
porque tampoco nos publican;  
las que perdemos más de lo que ganamos  
cuando por accidente nos publican;  
las que siempre fuimos ajenas  
a las alfombras rojas  
en los eventos de poesía;  
las que vemos las nubes y no el cielo;  
las que vemos de arriba para abajo  
siguiendo la trayectoria de nuestro destino;  
las que machucan la piedra equivocada  
mientras suben la colina y se caen  
y se quiebran todos los huesos  
y luego sobreviven, como Sísifo;  
las que amamos a Leonora Carrington  
porque entendemos a Leonora Carrington,  
las que no se relacionan más que consigo mismas,  
las payasas, las rarezas de circo, repito;  
las que repetimos y tartamudeamos,  
las que pierden todo, incluso su tiempo;  
las que espantan a sus novios  
porque además de espantapájaros  
somos espantanovios;  
las que fumamos tedio  
sobre ceniceros de ocio grisáceo;  
las que nunca pudieron defenderse  
ni tienen turno alguno para desahogarse  
en el karaoke absurdo de la existencia;*

*las que fuimos abusadas en la infancia  
y las que denunciemos ese abuso;  
las mujeres libres somos aquellas mujeres  
que hablamos solas porque aprendimos a gritar solas;  
las que rodamos por la ciudad sin rumbo cierto  
o nos encerramos en el cuarto  
como un punto muerto,  
las que vivimos entre partos y sonetos,  
las que, pese al ruido, leemos a Clarice Lispector,  
las enfermizas, las marimachas, las negras, las trans,  
las monjas arrepentidas, las policías, las del ejército,  
las que abortaron una vez para no morir dos veces,  
las minorías panfletarias cuyas consignas son panfletos;  
las que hacemos el amor en los baños públicos  
y también lloramos en los baños públicos;  
las bestias del espectáculo, las rateras,  
las drogadictas, las alcohólicas,  
las limpias, las desquiciadas,  
las hueseras, las cartoneras,  
las piñateras, las tortilleras,  
las taqueras, las pulqueras,  
las camoterías, las globeras,  
las jimadoras, las organilleras,  
las que hacemos un voto de pobreza  
en nombre de la Soledad y somos ricas en la Soledad,  
las que nunca existieron en vano porque tampoco desearon existir;  
las que escuchamos canciones de amores perdidos en los bares  
hasta gastarnos,  
las que nos reflejamos en el espejo hasta encontrar un rostro cercano  
porque las fantasmas no pueden reflejarse en los espejos.*

*Siempre tuya,  
Lysi*



## XXIV

UNA VEZ QUE TERMINAMOS el bachillerato, los padres de mi primo Ricardo, quienes siempre cagaron oro, lo mandaron a estudiar Ingeniería Química en la Universidad de Toronto, Canadá. Pese a que también estábamos enlazados por las redes sociales nunca más volvimos a intercambiar ni siquiera un chat. El miedo que antes sentía por Ricky se desvaneció apenas se fue de Nicaragua.

Por su parte, Santiago Carvajal, mi antiguo amor platónico, fue trasladado por los jesuitas a la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador, donde se desempeñó como director de la pastoral social. No supe más de él porque no usaba las redes sociales y solamente alcanzamos a comunicarnos un par de veces por correo electrónico.

Empecé a estudiar Filosofía y Letras en la Facultad de Humanidades de la UCA, donde conocí a Benito García, un chico alto, trigueño, esbelto, pelo crespo, ojos color miel y una voz imperial muy ajustada a su signo zodiacal: Leo.

Me enamoré desde que lo vi la primera vez y la atracción fue mutua. Benito era súper tímido, tanto o más que yo, y tenía

una sonrisa inteligente y carismática. Era fan de Nemi Pipali, Soda Stereo, Radiohead, los Beatles, Bob Dylan y Nirvana. De hecho, tenía un póster en su cuarto donde aparecía la tapa del “Nevermind” con el bebé nadando en la piscina azul tras el billete de un dólar flotando en el cloro transparente.

Al poco tiempo de habernos conocido empezamos a salir hasta que me invitó a Moods, el antro gay donde había ido con Michelle la vez pasada. Cuando llegamos le dije a Benito que era la segunda y última vez que entraba a un bar con música electrónica y maricas operadas, tatuadas y vestidas como señoras ochenteras.

—¿Te gusta esta música? —pregunté.

—Olvidáte de la música y pidamos algo de tomar —dijo Benito.

Era un chico temperamental, con mucho carácter y seguro de sí mismo, pese a su obvia timidez. Lo cual me excitaba.

—No tomo, por los fármacos —dije.

—Vamos, un mojito no te hará daño.

—¿Es dulce?

—Claro, es un trago dulce.

—Prefiero una piña-colada-virgen.

—¿Virgen?

—Así es.

—Hoy le dirás adiós a tu virginidad —sentenció Benito.

Sentí que sería violado esa misma noche y me puse felizmente nervioso. Benito y yo apenas teníamos tres meses de estar saliendo y todavía no habíamos cogido.

—Vas a pedir una piña-colada-con-alcohol, ¿de acuerdo?

Su voz era puro sexo. Le dije que sí. Yo estaba a sus órdenes. Si planeaba desflorarme bajo la luna yo me entregaría como Dolmancé a su caballero en la obra del Marqués de Sade. De repente sentí que alguien me tocó el culo. Me

di la vuelta y vi que era un negro alto de ojos azabaches que tenía una sonrisa acaramelada.

—Mi rey, casi no te reconozco —dijo Arco Iris—. Estás más hombrecito, Dios mío. ¡Cómo estaré yo de vieja!

Arco mamaba una cerveza y se meneaba al ritmo de la música electrónica con una sensualidad envidiable. Benito se molestó y me miró con ojos de “quién es este puto”. De inmediato se lo presenté para evitar una trifulca.

—Arco, te presento a Benito, mi novio.

—Qué muchachos más guapos, hacen una linda pareja.

—Un gusto, Arco —dijo Benito.

—El gusto es mío. ¿Qué hiciste a tu amiga, Arturito?

—Michelle ya no vive en Managua.

—¿Y eso? No me digas que se fue a Bluefields sin decirme nada.

—Michelle se fue a Chile.

—¿Por qué a Chile?

—A vivir con su novia.

—¿En serio? ¡Una novia chilena, qué bandida!

—Está trabajando en una agencia. Ahora es una estrella porno del Internet.

—Dios mío, ¡qué envidia! Yo siempre quise ser actriz porno también. Lo que pasa es que mi perfil de yegua cuir es demasiado estafalario. Además, nadie me aguanta el gas, soy una máquina folladora y no quiero sonar pretenciosa, ¿eh?

—No lo dudo —dije entre carcajadas. Benito se reía conmigo.

—¿Y qué hace la novia de Michelle mi amor?

—Estudia letras en la Universidad Católica de Chile.

—¡Dios santo! Siento que estoy en la Mansión Playboy hablando con Madonna y Lady Gaga, mientras se derriten los crucifijos de las paredes. Cada vez que escucho la palabra

“católica” me da herpes genital. Pero estas niñas sí que son intensas, mi Arturito. Me imagino que la están pasando maravillosamente con esa doble vida.

—Son felices, te lo puedo garantizar.

—Bueno, me alegro por ambas. En este mundo lo que importa es coger, coger y coger hasta envejecer de placer.

—Estoy de acuerdo —dije, muerto de la risa.

—Y tú, Benito, disculpa mi desparpajo y mi atrevimiento, pero cuéntame cómo haces para que tu novio no sea tan sesudo y se anime a bailar conmigo algún día.

—Me gusta que sea sesudo.

—¿Te gusta?

—Eso profundiza nuestras conversaciones sobre filosofía.

—¿Estudian filosofía?

—Así es —dijimos.

—¡Mamita linda! Supongo que dos cabezas eyaculan mejor que una.

—No tenés remedio —dije mientras me terminaba la primera piña colada.

—Son las cervezas, mi amor. Desintoxicada no soy tan ocurrente.

—Amo tus ocurrencias —insistí.

—¿Entonces no van a bailar conmigo los filósofos?

—Estamos bien aquí, en la barra —dijo Benito.

—¡Dios mío! Ahora sé por qué dicen que la filosofía es para muertos de hambre. No se me ofendan amores, pero yo nunca le vi utilidad a esa paja mental que empezó con los griegos y terminó con los alemanes. En fin, tengo otras prioridades.

—¿De dónde sos? —preguntó Benito.

—De la Costa, mi vida, de Bluefields, para ser exacto. Arturo dice que ni siquiera sabía que Bluefields existía, hasta

que yo le hablé de nuestra Costa Caribe. No entiendo cómo su mejor amiga es garífuna.

—Nunca dije eso...

—¡Son bromas! No sé dónde dejé mi yerba. ¡Ay, aquí está! La tenía escondida entre las tetas. Lo que pasa es que hay que andarse con cuidado, los rateros andan al acecho en esta jodida Managua.

—Yo tampoco conozco la Costa —dijo Benito, entretenido por el humor del costeño—. ¿Es cierto que allá circula mucha droga? —preguntó.

—¡Qué fama tenemos!, pero bueno, para qué te voy a mentir, mi vida. Los colombianos pasan tirando sacos de cocaína en el mar y los costeños traficamos con ella. Es verdad, tenemos el primer puesto nacional en consumo de alcohol y en número de cantinas. Tenemos el segundo puesto en población afectada con VIH/sida. Y desde los años setenta ostentamos el primer puesto nacional en enfermedades venéreas. También tenemos uno de los primeros puestos en número de templos y de iglesias. Así que los pecadores hacemos largas filas en los confesionarios.

—Vaya —dijo Benito—. No conocía esos datos.

—Bluefields no solo es tierra de narcos, señoritos, también hay una gran riqueza cultural que viene del Caribe insular y de África. En fin, allá tenemos muchos ritos, bailes, por lo menos seis etnias diferentes. Los colonos ingleses saquearon nuestros tesoros, pero no pudieron llevárselo todo. Conservamos nuestras tradiciones y estamos acostumbrados a lidiar con huracanes de todas las categorías. Pero lo mejor es nuestro biotipo. Ustedes pueden dar fe, ya que están frente a mí. En Bluefields hay negros bellísimos, hombres más altos que ustedes, con vergas que parecen tizones de carbón.

Los comentarios del morocho eran chispeantes, impredecibles, saleros. Arco prendió un pitillo de marihuana y le dio una calada. El humo le salía incluso por las orejas.

—Mis amores, tienen que ir a mi tierra, no me cansaré de repetirlo. Tienen que ver a mis negros morados con las nalgas paradas al aire libre, moviéndose como nacatamales amarrados en hojas de plátano. Esa gracia no la conocen.

—¿Allá son católicos? —preguntó Benito, luego de tirarse una carcajada.

—A ver, cómo te lo explico... Celebramos el Tatachombo en honor a San Jerónimo todos los años. También la Purísima cada 8 de diciembre. Nuestra patrona es la Virgen del Rosario, a quien celebramos el 5 de octubre —Arco empezó a toser por el exceso de humo, se empinó la cerveza y luego su voz adquirió más potencia—. En realidad, tenemos muchas fiestas patronales a lo largo del año. Pero sigan preguntando, no todos los días tienen la oportunidad de hablar con una loca tan culta como yo.

—¿Qué comidas tienen? —pregunté.

—¿Te refieres a nuestros platos típicos?

—Ajá, platos típicos quise decir.

—Allá tienen que probar el pan de coco, la fruta de pan... ¡Se me hace agua la boca con solo mencionarla!... El gallo pinto con coco, el rondón, el patí, los queques de yuca y banano, en fin, tantos platillos...

—¿Queques de yuca? —preguntó Benito, mientras pedía otro mojito.

—Mi amor, te aseguro que la yuca no tiene nada que envidiarle al banano.

—Contáme, Arco, ¿qué son los Janiecakes? —pregunté luchando contra el bullicio del antro, cuya atmósfera se volvía cada vez más turbia.

—Los Janiecakes son galletitas dulces que se acompañan con la famosísima cerveza de jengibre. ¿La han probado?  
—ambos dijimos que no.

—¡Marito! —gritó Arco mientras tosía—. ¡¿Qué te hiciste?!

De repente, el chico que estaba ofreciendo tragos al fondo de la barra giró la cabeza y se acercó rápidamente a nosotros.

—¡¿No tenés *ginger-beer*, mi vida?!

Marito abrió la nevera, metió las manos hasta el fondo, se tardó unos segundos y finalmente respondió que ya no había cerveza de jengibre. Arco frunció el ceño, dio otra calada de humo y luego nos dijo que la gente pedía mucho aquella cerveza porque era una bebida exótica para los nicas del Pacífico.

—Ni modo, mis amores, en otra oportunidad la prueban —agregó.

—Yo he visto celebraciones del Palo de Mayo aquí en Managua —dijo Benito, cambiando el tema—. ¿Cuál es el origen de esa tradición?

—Existe desde 1870. El elemento simbólico es el culto a la fecundidad, a la cogedera pues. Se trata del culto al árbol con frutas, el cual adornamos con cintas de colores vistosos. Luego bailamos en torno a él, al ritmo de los bongós. El tronco alude a la fertilidad masculina y los frutos aluden a la fertilidad femenina. Verga versus vulva, en otras palabras.

La voz de Arco se iba poniendo carrasposa, pero no perdía su fuerza.

—Miren qué interesantes eran nuestros indios, amores míos. No en vano soy de allá y me gustan tanto las pollas que tiran atol caliente.

Arco nos daba una cátedra cultural, humor incluido, y estábamos muy atentos pese al vocerío del antro.

—Resulta que el Palo de Mayo no pierde su vigencia con los años, por el contrario, en toda Nicaragua se baila y se conoce desde que las criaturas entran a los colegios.

El ruido del antro, sin embargo, se fue tornando insoportable. La música electrónica del DJ holandés, sumada al vozarrón de Arco, me tenían mareado. Le hice una seña a Benito para que nos fuéramos y el chico coincidió conmigo. Nos tuvimos que despedir del morenazo.

—Arco, nos tenemos que ir —dije cerrándole un ojo.

—¡Qué lástima! Me dejaron con el Palo de Mayo en la boca...

—Iremos a Bluefields, Arco, pero tiene que ser con vos —dijo Benito.

—Cuando quieran, cariño, yo estoy para ustedes cuando quieran.

—¿Cuándo viajás a la Costa? —pregunté.

—Una vez al mes, mi amor.

—La próxima vamos los tres, ¿te parece?

—Claro que sí. Yo, tú y Benito Cámela.

—¡No te metás con él! —dije entre risas.

Arco era un personaje. Luego me puso la boca en la cara para susurrarme que había elegido bien a mi garañón. Pude sentir que su aliento etílico cruzaba mi cerebro de lado a lado. Le dije que nos veríamos pronto y finalmente se despidió de nosotros con un ademán de señora cabaretera, mientras lanzaba besos al aire.

## XXV

ESA MISMA NOCHE, cuando llegamos al apartamento de Benito, los nervios hacían temblar todo mi esqueleto y una leve lluvia caía sobre Managua. Me sentía como una doncella a punto de ser ultrajada, o algo peor.

El cuarto de Benito era amplio y estaba un poco desordenado. Al ver la escena de su cama esperando por mí, se me quitó el sueño.

Vi en su librero títulos de Camus, Sartre, Wittgenstein, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, entre otros. Ninguna mujer entre ellos. No estaba Julia Kristeva ni Hannah Arendt, no estaba Ayn Rand ni Emma Goldman. ¡No estaba ni siquiera Simone de Beauvoir!

Mientras Benito buscaba un vinilo de Pachelbel para ponerlo en su tocadiscos, lo increpé.

—No me digás que sos un filósofo falocéntrico como la mayoría de los seguidores misóginos de Schopenhauer.

—Desde Hipatia de Alejandría —dijo Benito, con su voz de león— no hay una sola pensadora que realmente tenga una idea de lo sublime. Las mujeres son mejores poetas que pensadoras. Cuando piensan se vuelven radicales, en cambio,

cuando escriben versos se vuelven lúcidas, innovadoras, más originales que los varones, incluso.

—Pero aquí no veo ninguna poeta.

—Los libros de poesía los tengo en mi clóset, en el rincón de abajo.

Abrí la puerta del clóset y me encontré con Alejandra Pizarnik, Virginia Woolf, Gabriela Mistral, Gertrude Stein, Susan Sontag y Sor Juana.

—¿Todas están dentro de tu clóset porque literalmente ninguna salió del clóset en su vida? —pregunté.

—Ya no tengo espacio en el librero. Susan Sontag y Gertrude Stein fueron lesbianas declaradas, no exagerés tampoco.

—¡Qué bárbaro! Hay muchísimas pensadoras que vale la pena leer.

—Ajá, ¿como cuáles?

—Simone Weil, María Zambrano, Santa Teresa de Jesús, etcétera.

—Prefiero el posestructuralismo de Lacan, Derrida y Foucault.

—¿Lees a Foucault solamente porque tragaba semen, como nosotros?

—Vos no sabés lo que es tragar semen todavía... Pero dejá de hablar y acostáte en la cama. Antes de que te empuje a tu futuro lecho nupcial por la fuerza...

Benito era un salvaje. Me quedé en silencio y solo me senté en la cama. Estaba muerto de los nervios y atento a todos los movimientos de mi Sansón.

De repente apagó la luz, abrió las cortinas de su cuarto y la luna llena se derramó como un líquido azul dentro del aposento. La lluvia caía levemente como un coro de niñas apagadas sobre el techo de tejas de barro. Benito encendió

el tocadiscos y empezó a sonar el Canon en D Mayor de Pachelbel.

Los ojos castaños del semental nicaragüense refulgían como gotas de fuego. Se puso frente a mí, de pie, y se desabotonó lentamente la camisa sin quitarme la mirada de la entrepierna. Cada botón menos revelaba el cuerpo astrofísico de aquel gigante sensual.

Benito era hermoso como un centauro.

El silencio se apoderó de nosotros. De un momento a otro me di cuenta de que Benito estaba sin camisa. Me miró a los ojos y se acercó para besarme mientras acariciaba mi pecho velludo. Yo estaba cada vez más nervioso y excitado. Benito rompió mi camisa y empezó a lamerme los pezones con una habilidad asombrosa.

Sentí que estaba siendo tragado por un sueño.

Acerqué su rostro a mi rostro para besarlo y nadé en el cielo de su boca mientras me inclinaba hacia atrás, deliciosamente excitado. Benito tenía un aliento exquisito que se mezclaba con el sabor dulzón de los mojitos que se había tomado en Moods. Luego me quitó lentamente el pantalón y acarició mis testículos con un talento extraordinario.

Mi corazón latía desbocado. Yo le quité su ropa interior con los dientes y él empezó a frotar mi falo con sus largas manos de artista introvertido, pero lo cierto es que estábamos más erectos que el meridiano de Greenwich.

Luego, como si el ojo de un tornado hubiera pasado sobre mi cuerpo, Benito me dio la vuelta y en un suspiro me encontré acostado de espaldas a él, mientras el sereno silente entraba por la ventana, cuyas cortinas se mecían como pañuelos que se despiden. De inmediato, Benito sacó un envase de aceite Mennen y dejó caer el líquido brillante entre mis nalgas desnudas.

Quise decirle que por favor lo hiciera despacio, pero no fue necesario. Benito tenía experiencia. De repente sentí que un animal vivo se introducía detrás de mí. El dolor fue inmediato. Benito me pidió que me relajara para que la penetración funcionara mejor. Le pregunté si se había puesto el condón y me dijo que no era necesario, no iba a quedar embarazado. Tenía razón.

En la medida en que su miembro llegaba hasta el tope yo sentía que algo me estaba ahorcando. Era un doloroso placer que nunca sentí antes en mi vida. Benito se hundió suavemente y luego empezó a mover toda esa máquina lubricada en estado de gracia. Entraba y salía con divina violencia.

Yo me sentí como Adán en el paraíso de la mano del Bosco. Mi Sansón seguía moviéndose como un caballo en el hipódromo y yo sentía las embestidas de aquel semental completamente sumiso a sus imperios, mientras me cacheteaba las nalgas. Benito crecía y crecía dentro de mí con cada nueva embestida, que revelaba la palpitación de sus venas calientes.

Finalmente, agarró mi falo hinchado y lo sacudió con su mano derecha hasta que alcancé un momento de crisis sexual y Benito estalló conmigo entre suspiros telúricos. El filósofo se tiró en la cama, me acarició la boca con sus manos nerviosas y me dijo con la respiración agitada:

—*Esto es solo el inicio.*

El Canon de Pachelbel había terminado.



*William Grigsby Vergara* es Maestro en Estudios de Arte por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México y Licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad del Valle de Managua. Recibió el Premio Nacional del Centro Nicaragüense de Escritores 2010 y la Mención de Honor en el Concurso Internacional de Poesía Joven Ernesto Cardenal 2005. Colabora en la *Revista Envío* de la Universidad Centroamericana (UCA) y en la revista Centroamericana *Carátula*. Actualmente es docente de asignatura en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

Leer *El genio espiritual* es un viaje. Un viaje que el lector realiza acompañado a cada paso del narrador y protagonista, el mismo que refleja a la Nicaragua de hoy y de ayer con sus reflexiones y memorias. Un viaje, entonces, por la memoria, por la identidad y por la voz de un escritor –William Grigsby Vergara– que quedará resonando fuerte en la cabeza de todo aquel afortunado que se adentre en sus páginas.

*Rodolfo Santullo*

Mediante una escritura sobria y contenida, el autor se interna en los territorios del despertar y la asunción de la sexualidad. En un entorno de temores, dudas, ansiedad e impaciencia, Arturo, admirable adolescente, ensaya con elegancia y dignidad la subversión de la inocencia.

*Gerardo de la Torre*

Una novela que deja de jugar a las escondidillas para afirmar que hay otros amores que sí se atreven a decir su nombre.

*Mauricio Carrera*



SDC